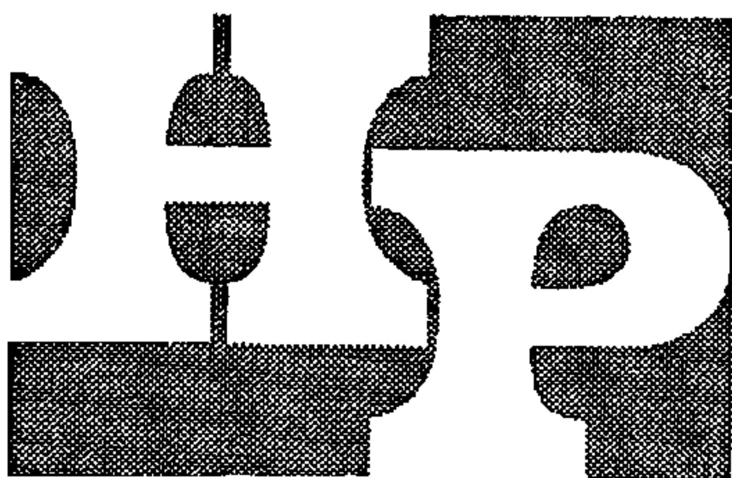
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

¡MATAD A LOGAN!





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.244. — Difíciles de matar.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.096. —Avernus.

En Colección SALVAJE TEXAS:
738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO:
937. — La ruta de las serpientes.

En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:
515. — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
493. — La muerte llegó del cielo.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
91. — El aventurero del Sur.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:
37. — El rancho de los Berkeley.



Silver Kane

¡MATAD A LOGAN!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 93
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 30.675 -1971

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: octubre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba Logan y había nacido en Denver, estado de Colorado, veintisiete años atrás. No era ya, por tanto, un niño. No tenía ningún parecido con el tipo jovenzuelo tan abundante en el Oeste, que entraba contoneándose en los *saloons* y «sacaba» a la menor provocación, deseando lucir sus habilidades con el revólver. No. Logan era distinto. Logan procuraba entrar en muy pocos locales, y cuando lo hacía trataba de pasar inadvertido. En el caso de que alguien se metiera con él, se hacía el sordo hasta que las cosas se ponían imposibles, y aun en muchas ocasiones optaba por volver la espalda y largarse con viento fresco. No llevaba ninguna muesca en sus revólveres. Cualquiera que le hubiese seguido, viendo su modo de actuar, se habría dicho: «He aquí un tipo pacífico».

Nada más falso, sin embargo.

Porque Logan había matado a diecisiete hombres.

Cuando cabalgaba por las llanuras de Nuevo México, siempre solo, siempre desconfiando de todo el mundo, Logan sabía que era como una bestia acorralada.

Para que no le identificasen, procuraba no aceptar jamás una pelea. Para que no le reconociesen, iba a hoteles de poca monta, buscaba trabajo sólo en lugares aislados y paseaba por los poblados de noche y siempre lejos de donde hubiera sitios de diversión.

Porque si Logan hubiera aceptado un solo desafío, le hubieran reconocido enseguida.

¿Por qué?

Por una cosa bien sencilla, amigos. Por lo que hace que sean reconocidos los pistoleros auténticos.

Por su modo de matar.

Le habían enseñado a hacerlo así siendo un niño, cuando su profesor le explicó de qué manera hay que actuar para dejar seco a un hombre.

—No te entretengas nunca en hacer florituras con el revólver. Mira, todos los enemigos con los que te enfrentes tendrán el corazón en el mismo sitio. Quiero decir que es ahí donde tienes que apuntar, sin buscarte complicaciones de ninguna clase.

Aquel tipo, cuyo nombre ni siquiera recordaba, y que desapareció poco después, había enseñado a Logan a tirar a su manera.

—Hay que elevar el cañón del revólver sólo un poco, ¿ves? Y como tirarás con la derecha, ni siquiera necesitarás desviarlo si tienes al enemigo normalmente frente a ti. Con un simple movimiento suave y natural, estarás siempre apuntando a su corazón. ¿Te das cuenta?

Sí, Logan se daba cuenta. Aquel pistolero le enseñaba cada movimiento, cada reflejo, cada gesto, de modo que apuntara al corazón de una manera ya automática, sin fijarse.

Luego llegó el momento de hacer prácticas de tiro.

Le explicó:

—Hay que disparar siempre dos balas.

—¿Para qué?

—El corazón es un órgano vital y debes alcanzarlo con seguridad. Al disparar siempre se te desviará ligerísimamente el arma, por muy buen tirador que seas. Enviando dos balas, las clavarás las dos en cosa de media pulgada, y una de ellas alcanzará necesariamente el corazón. No olvides nunca esta regla porque así irás sobre seguro.

Y Logan aprendió a tirar de ese modo.

Gesto suave, rápido, colocando el revólver en la posición más natural. Luego, instantáneamente, dos balas.

Y siempre así.

Cuando uno ha aprendido una cosa de niño, y cuando la ha aprendido a hacer siempre del mismo modo, es muy difícil que luego los años se la hagan olvidar.

Éste fue el caso de Logan.

Cuando mató a su primer hombre, justo a los veinte años, lo hizo atravesándole el corazón con dos balas. Aquel hombre era el

que había asesinado a su hermana y tenía una enorme influencia en todo el territorio. Sus pistoleros le siguieron a todas partes, y Logan hubo de volver a matar. A lo largo de los años hubo de exterminar a dieciséis hombres más, lo cual significó que hubo de apretar el gatillo exactamente treinta y dos veces.

Uno de los últimos que murieron cara a cara frente a él, fue el *sheriff* de la ciudad de Amarillo, que se había coaligado con los forajidos que perseguían a Logan.

Esto significaba que ahora la ley también había tomado cartas en el asunto. Eso significaba que ahora el dogal se iría cerrando más y más en todos los caminos.

Y significaba también que en todas las poblaciones que pisara tropezaría con la misma consigna:

«¡Hay que matar a Logan!».

Quizá por eso él se dirigía ahora a Albuquerque, en Nuevo México, en una cabalgada que llevaba ya varias semanas de duración.

En Albuquerque aún se respetaba menos la ley que en otros lugares del Sudoeste. Era muy posible que allí Logan encontrara un *sheriff* aburrido y sin ganas de meterse con nadie. Era muy posible que en la turbulenta ciudad le dejasen encontrar trabajo y vivir tranquilo.

Por eso iba allí.

Pero aunque Logan había decidido una cosa, estaba escrito en el libro del destino que todo ocurriría de muy distinta manera.

Comenzó con unos disparos.

Los disparos llegaban desde la lejanía, desde la línea del horizonte, y eran alternativamente de «Winchester» y de «Colt», mezclándose muy pocas veces. Eran, desde luego, varios «Colt» y un solo «Winchester».

Logan pensó: «Sea lo que sea, no me meteré en nada. Que me dejen en paz. Allá cada uno con sus asuntos».

Desvió la ruta de su caballo para no coincidir con los que disparaban, e intentó no oír las detonaciones.

Pero hay algo que atrae a los pistoleros tan irresistiblemente como la música militar de un desfile atrae a la chiquillería: los disparos. Logan no pudo resistir mucho tiempo.

«Bueno, vamos a ver qué cuerno pasa», se dijo al cabo de un minuto, mientras volvía a desviar el camino de su caballo.

Ascendió a lo alto de una colina pedregosa, y desde allí pudo ver lo que ocurría a poca distancia, en el fondo del valle.

Cuatro jinetes perseguían a otros dos, teniéndolos ya a una distancia de menos de cien yardas.

Los dos perseguidos eran un hombre y una mujer.

El hombre, que no debía ser ya joven porque montaba con poca agilidad, tenía un rifle con el que hacía disparos hacia atrás de vez en cuando, sin apuntar. La mujer no llevaba armas.

Los tipos que les perseguían llevaban «Colt», y sólo el endiablado galope de los caballos, que hubiera hecho temblar el pulso al mismo diablo, explicaba que ninguna bala hubiera dado aún en el blanco.

Hasta que una de ellas dio.

El viejo debió recibir el plomo por la espalda. Lanzó un grito, que fue claramente perceptible desde el lugar donde estaba Logan, y soltó el rifle mientras hacía una extraña pirueta sobre la silla de su caballo.

Cayó a tierra, y unos instantes después los cuatro hombres estaban junto a él.

Dispararon sus armas y lo remataron. Luego siguieron su endiablado galope en persecución de la muchacha.

Pero ahora no disparaban.

Querían cazarla viva.

Logan imaginó para qué, y de una forma instintiva, sin reflexionar, clavó las espuelas en los ijares de su caballo.

No sabía quién era aquella mujer. Podía tratarse de una diabólica asesina y tener bien merecido lo que iba a ocurrirle, pero Logan conocía bien el código del honor del Oeste: una mujer indefensa siempre tenía razón, mientras no se demostrase lo contrario. Y en aquella tierra la razón había que apoyarla con los revólveres.

Los cuatro tipos que estaban abajo, a unas quinientas yardas, oyeron el agudo relincho de su caballo y otra vez volvieron a sacar los revólveres, haciendo fuego.

Las balas murieron en tierra, sin precisión, porque era demasiada la distancia. Logan ni siquiera se molestó en «sacar»

mientras se acercaba a galope. Vio que los cuatro tipos no se desviaban de su ruta y no dejaban de perseguir a la mujer.

Ya casi estaban sobre ella.

De pronto, el caballo de la mujer tropezó, despidiendo a su ocupante por encima de las orejas. Ella lanzó un agudo grito mientras rodaba por el suelo pedregoso. El choque fue tan brutal que Logan tuvo la sensación de que la mujer había debido matarse.

Los cuatro perseguidores, ahora que la tenían segura, volvieron sus caballos hacia Logan.

Siguiendo una táctica muy normal, se dividieron en dos grupos, uno de los cuales atacó por la derecha y otro por la izquierda. Como la distancia resultaba ahora de unas doscientas yardas, los tiros podían ser a matar.

Logan, con la calma y la serenidad que Burns, el asesino ahorcado, le había enseñado a tener desde niño, sacó su revólver derecho y apuntó fríamente, como el que está en un ejercicio.

Dos balas.

El jinete situado más a la derecha cayó llevándose ambas manos a la altura del corazón, mientras lanzaba un gemido.

Logan hizo girar el brazo rígidamente, como si fuera un resorte, para no perder la línea de tiro.

Dos balas más.

Otro enemigo cayó a tierra, llevándose también las manos al corazón. Logan había visto caer a muchos hombres así y sabía que en el instante de morir siempre se aprietan el corazón con ambas manos, no con una.

Ahora una bala arrancó el sombrero de Logan, pero éste ni siquiera se inmutó. Sabía que tenía sobre sus dos enemigos una ventaja decisiva, que era la serenidad. No podía perderla.

Hizo dos disparos más, y el tercer enemigo, que estaba apenas a treinta yardas, cayó con los ojos desorbitados, mostrando dos puntos rojos a la altura del corazón.

Logan dejó caer el revólver derecho, que ya no tenía plomos, y sacó el izquierdo, volteándolo para cambiarlo de mano.

Su último enemigo ni siquiera tuvo serenidad para aprovechar aquel decisivo instante. Ciego de terror, intentó hacer girar a su caballo para huir, pero ya era demasiado tarde.

Logan le apuntaba.

Logan era ya como una máquina diabólica cuyo funcionamiento no se puede detener.

Disparó dos veces más automáticamente, contra un enemigo crispado a quien el terror ya había cegado los ojos.

Éste hizo algo que los otros no habían hecho. Antes de morir, tuvo tiempo de mirarse los dos orificios en el corazón.

Luego alzó los ojos para musitar:

—Logan…

CAPÍTULO II

Logan sopló en el cañón del revólver, lo guardó en la funda izquierda y luego se inclinó ágilmente hacia un lado, colgando casi de la silla de su caballo, para recuperar el revólver que antes lanzara.

Sopló también, para que no quedara ni una partícula de tierra adherida al cañón, y guardó el arma en su funda derecha.

Luego descabalgó y fue hacia la mujer. Lo hizo a pie porque supo que así le inspiraría mayor confianza.

La mujer era bastante joven, pues no habría cumplido aún los treinta y cinco años. Resultaba muy bonita con sus cabellos pelirrojos cortitos, sus labios maravillosamente dibujados, sus ojos azules y sus líneas maravillosamente insinuadas bajo la delgada blusa que vestía y los ceñidos pantalones vaqueros.

Además, ella le estaba sonriendo.

—¡Vaya! —dijo Logan, aliviado—. No se ha hecho tanto daño como creía. En el primer momento creí incluso que estaría muerta.

Ella, desde el suelo, levantó un poco sus brazos, que estaban completamente tintos en sangre.

—No crea. Al protegerme con los brazos me he convertido la piel en tiras. Otra, en mi lugar, estaría chillando.

Logan sonrió. Le gustaba la simpatía de la mujer. Le gustaba, sobre todo, que ya no fuese una niña.

—Pero usted es muy sufrida, ¿verdad?

—Bastante. Estoy acostumbrada a vivir en un rancho.

—¿Muy lejos de aquí?

—Bastante. A unas cien millas.

—¿Y qué hacía a tanta distancia? ¿O acaso no sabe lo que es esta maldita tierra de Nuevo México?

—Había ido a visitar al médico de la ciudad de Albuquerque. No hay médicos buenos en el campo, ¿sabe? Y no creí que nadie se atreviese a atacar a la esposa de Donald.

—Donald…

—¿No lo conoce?

—Es un ranchero rico, según tengo entendido. Uno de los más ricos de esta comarca.

—En efecto.

Logan se pasó una mano por los ojos.

—¿Y para qué la querían esos tipos?

—Imagínelo.

—Sí, lo imagino —dijo él pensativamente, mientras seguía una por una las líneas del cuerpo de la mujer—. Es usted muy bonita.

—Puede —dijo ella—. Pero eso ya resulta un poco ridículo a mi edad, ¿no cree? Tengo ya treinta y cinco años y una hija de diecisiete.

—No lo parece, la verdad. Nadie lo diría.

—Es usted muy galante.

Logan se acercó un paso.

—Permita que la ayude a levantarse. Cuanto antes llegue usted a su rancho, mejor.

Ella le tendió la mano, pero cuando Logan tiraba de ésta para levantarla, la mujer se desasió enseguida con un gesto de dolor.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé. Me siento… extraña.

—¿No se habrá roto algún hueso? Los dolores de esa clase no se sienten en el primer momento. Tendrá que levantarse para ver qué tal reacciona.

—No. Deje que antes descanse unos minutos. Me siento como mareada.

Logan hizo un gesto de inquietud, pero ella tuvo la virtud de disipar aquellos pensamientos con una pregunta:

—Usted es Logan, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Por su forma de tirar. Los dos balazos al corazón no fallan. Se han hecho famosos en muchos sitios.

—Desgraciadamente.

—¿Por qué no intenta tirar de otro modo? Al matar a sus

enemigos así, es como si pusiera una tarjeta de presentación encima de cada cadáver.

—No crea que no lo he intentado. Sé que si tirase de otro modo pasaría mucho más desapercibido, pero no puedo. Me han enseñado así, y de una forma instintiva, sin pensarlo, disparo siempre del mismo modo cuando veo en peligro mi vida.

—Y esta vez se ha comprometido por salvarme.

A Logan no le gustaba que le dieran las gracias. Nunca le había gustado y no lo admitía.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo —dijo, secamente.

—No lo creo. Y además imagino que tenía interés en no ser visto, ¿verdad, Logan?

—Así es.

—Entonces le aconsejo que entierre los cadáveres, y nadie llegará a ver de qué modo les dieron el pasaporte para el Más Allá. Los cuatro hombres a los que ha matado usted pertenecían a la banda de Riffols, ya deshecha parcialmente, y nadie se va a molestar en buscarlos por esta zona pedregosa. En cuanto a Houston…

—Houston es el viejo, ¿verdad?

—Uno de los hombres más fieles del equipo de mi marido. A él me gustaría llevarlo al rancho para que recibiese sepultura allí.

Logan dirigió sus ojos hacia el sol inclemente que pesaba sobre la llanura pedregosa, tachonada aquí y, allá de suaves colinas.

—A pesar del calor, creo que podremos hacerlo… —dijo—. Naturalmente, la acompañaré.

—En la silla del caballo de Houston verá una pala —indicó ella —. Puede usarla.

—De acuerdo, pero antes la levantaré. Viéndola en el suelo tengo la sensación de que no está tan bien como aparenta. Permítame.

Tiró esta vez con energía del brazo de la mujer, y la hizo levantarse de un brinco.

El agudo, el terrible grito de ella, pareció estremecer la llanura entera y produjo una crispación en las facciones de Logan.

—Pero ¿qué le ocurre?

—Dios mío… —sollozó la mujer—. Dios mío…

Había caído de rodillas, sin fuerzas. Logan comprendió que algo

muy grave le había sucedido a la mujer con la caída.

—No sé si debo preguntárselo —susurró—. Pero ¿espera un hijo?

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza, con sus últimas fuerzas, y acto seguido perdió el conocimiento.

Sobre las colinas empezaban a planear los buitres.

Nunca Logan se había encontrado en una situación así. Nunca, en su vida de pistolero vagabundo, había estado solo en la llanura, con la única compañía de una mujer que estaba perdiendo a su hijo.

Comprendió que tenía que llevarla a un médico o moriría irremisiblemente. No sólo por la hemorragia, sino por el peligro terrible de infección.

Descolgó la cantimplora de su silla, le puso unas gotas de licor entre los labios y logró que ella se reanimara.

—Yo, yo… —balbució la mujer.

—Calma, amiga. Ahora vamos a tener que ayudarnos uno al otro, ¿comprende? Tiene que hacer un esfuerzo y galopar en mi caballo, aunque sienta grandes dolores. Hemos de llegar hasta un médico antes de que transcurra una hora o usted habrá perdido demasiada sangre. ¿Ha comprendido la situación? Es absolutamente necesario que no se quede aquí.

Ella asintió débilmente.

—¿Por qué me ayuda? —balbució luego—. Demasiado sé lo que es esta tierra. Si muero en el camino, pueden acusarle… de todo.

—No morirá.

—Ni siquiera sabe… cómo me llamo.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Quiero que lo sepa…, por si se ve obligado a transportar… mi cadáver. Me llamo Mara.

—De acuerdo, Mara. Ahora sujétese a mi cuello.

Ella lo hizo, conteniendo su dolor, y Logan la transportó hasta el caballo. Allí la dejó en pie, montó él y luego la ayudó a subir poco a poco hasta la grupa.

—¿Sabe dónde hay un médico? —preguntó Logan—. No conozco bien esta región. Necesitamos un médico que esté cerca.

—Tal vez en la casa de postas de la diligencia, a unas veinte millas. A veces el médico está allí. En todo caso le avisan.

—Comprendo. Entonces seguiré la ruta de diligencias. ¿Dónde

puedo encontrarla?

—Siga ese arroyuelo. Se cruzan.

Logan espoleó el caballo y éste emprendió un trote largo, veloz, pero suave, como si comprendiera que la mujer que estaba sobre él no podía resistir las sacudidas. A pesar de eso, Mara gemía de dolor entrecortadamente.

Después de casi dos horas infernales, durante las cuales la mujer perdió el conocimiento varias veces, llegaron a la vista de la casa de postas.

Ésta consistía en un edificio destartalado y ruinoso, que debía proceder de la época de la colonización española. Varios peones mexicanos dormitaban en el porche, único lugar en el que había una relativa sombra. El sol parecía aplastarlo todo, y la única sensación de frescor provenía de un viejo pozo semicubierto por una parra.

Logan detuvo el caballo y ayudó a descender a la mujer. Un mexicano grueso como una foca y con unos bigotes que le llegaban hasta el cuello, salió a su encuentro.

—¡Pero qué mala está mi amita! ¿Qué es todo ese vino tinto, señor?

Se refería a la hemorragia.

—Pronto, necesito un médico.

—Ha habido suerte, patronsito. Encontrará al doctor aquí, esperando la diligencia, pero borracho no más… Si hay que haser algo grave, mejor esperar a que se despabile…

—No podemos esperar. La hemorragia es demasiado grande. Saque a ese hombre de donde sea y échele un cubo de agua en la cabeza. ¡Tiene que estar bien despierto o esta mujer morirá!

—¡Que la Virgen de Guadalupe nos libre, patronsito! ¡Las mujeres muertas no sirven para nada! ¡Voy a buscar al señor lisensiado y lo tiro de cabesa a un poso, para que se vaya poniendo en forma!

—Déjeme a mí.

Aquel bestia era muy capaz de hacer lo que decía y ahogar al médico con maletín y todo.

Logan entró en la gran casa de postas, y en el vestíbulo penumbroso que se abría tras la entrada, vio a un hombre ya viejo, que dormía sentado en un banco de piedra, y a un hombre joven

que estaba besando a una chica.

En los gestos de aquel tipo, que era joven e iba bien vestido, había un no sé qué de pericia y malvada sabiduría. Ella era muy joven, pues apenas debía haber cumplido los dieciséis años. La brusca entrada de Logan impidió otras maniobras del galán.

El joven se puso en pie, arrojando casi a la muchacha.

—¡Oiga usted! —gritó.

Logan volvió apenas la cabeza, sin fijarse demasiado en él.

—¿Qué ocurre?

—Antes de entrar en un sitio se llama a la puerta o se avisa. ¿Es que no se lo han enseñado nunca?

—No he tenido tiempo.

—Diga: «No he tenido tiempo, señor».

Logan se fijó mejor en el joven, que debía tener unos veintidós años e iba ostentosamente bien vestido, sin duda gracias al dinero de su padre, porque no era fácil que él hubiera tenido tiempo de ganarlo aún, y menos dedicándose a perseguir mujeres.

Llevaba un solo revólver, bastante bajo y con la funda sujeta al pantalón por una tirilla. Logan, que sabía catalogar a los pistoleros de una sola ojeada, comprendió que no resultaba un novato.

Pero ahora no podía preocuparse de él.

—Tengo prisa —dijo—. ¿Es este hombre el médico?

—¿Y a mí qué me importa? Pregúnteselo a él.

—Eso voy a hacer.

Logan se dirigió hacia el otro tipo, pero el joven le cortó intencionadamente el paso extendiendo una de sus piernas. Logan tropezó y estuvo a punto de caer. La muchacha ahogó una risita.

—Yo no le he dado permiso —dijo el joven—. Pídalo.

Logan, le miró fijamente a los ojos, mientras brillaba en los suyos un extraño fulgor. Era ese fulgor que suele haber en los ojos de los asesinos antes de matar, pero aquel tipo no se dio cuenta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Logan.

—Me llamo Mayne.

—Rico, ¿verdad?

—Hombre… ¿A usted qué le parece?

—Me parece que es usted un millonario, Mayne. Y celebraré mucho que tenga suficiente dinero para comprarse un ataúd de plata maciza, pero no ahora. Necesito ver al médico. ¿Quiere hacer

el favor de dejarme pasar?

Mayne fue a llevar su mano derecha al revólver, pero la muchacha mexicana que le acompañaba le detuvo con un suave gesto.

—No lo mates —susurró—. Va a irse enseguida, después de todo. ¿Para qué vamos a tener un cadáver en nuestro camino, si no hace falta?

Mayne masculló, mirando a Logan:

—Agradézcaselo usted a esta señorita, porque de lo contrario…

Logan la miró.

—Gracias por haberme salvado la vida, señorita —dijo suavemente.

Luego avanzó hacia el médico y lo zarandeó hasta conseguir despertarlo.

—¿Es usted el médico? —preguntó.

—Sí, señor. ¿A quién hay que matar?

—Ahí fuera se encuentra una mujer que ha tenido un aborto después de sufrir una caída. Necesito que la intervenga porque la hemorragia es grave. ¿Sabrá hacerlo?

—Hombre, si me da antes un buen trago…

—Bébase una botella entera, pero sálvela. Si no lo hace soy capaz de cargármelo, honorable matasanos… Vamos, trabaje.

El médico se puso en pie, buscó su maletín y se encaminó hacia el pozo para lavarse las manos. No parecía mantenerse muy firme, pero Logan tampoco podía encontrar a otra persona. Vio que entre dos mexicanos sostenían a Mara, la cual se había desmayado otra vez.

Mejor.

La llevaron hasta una habitación del piso superior, llena de moscas, y la depositaron sobre una mesa. Después de prepararla la lavaron con agua caliente que una matrona mexicana había depositado ante la puerta. Mientras tanto, los instrumentos eran hervidos abajo, en la gran chimenea. La misma matrona mexicana los subió.

—Tomen, mis jefesitos, y cuidado no se dejen ninguno olvidadito dentro.

El médico trazó un corte brutal, que hizo lanzar un horrible alarido a Mara. Logan le puso el gollete de una botella de *brandy*

entre los labios y la obligó a beber hasta que perdió el sentido nuevamente. Pero lo peor vino después.

Aquello fue una carnicería.

El médico cortó y recortó, preocupándose sólo de salvar la vida de la paciente, que se le escapaba de entre las manos. A pesar de que Logan había visto cosas muy fuertes durante su vida, no recordaba una situación como aquélla.

Pero el médico no era malo. Sabía lo que era necesario hacer, y durante dos horas trabajó incansable. Por fin, extenuado, empezó a coser la sangrienta herida.

Logan sudaba de angustia.

Nunca le había ocurrido una cosa así, pero temía por la vida de aquella mujer como si ella fuera su propia esposa.

—¿Cree que vivirá? —susurró.

—Sí. Afortunadamente es joven y fuerte. Ha perdido mucha sangre, pero podrá recuperarse.

Hizo un gesto dubitativo y añadió:

—Lo que no podrá es volver a tener nunca más un hijo.

—Eso no tiene demasiada importancia —suspiró Logan—, porque me ha dicho que tiene ya una hija. Lo importante es que ella viva.

—Vivirá.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Nada. Ella es la esposa de Donald. Me pagarán en su rancho.

—Como quiera.

—Lo importante es que pueda descansar pronto. Aquí nos dejarán una carreta, con la que podremos llevarla a su rancho.

—¿Vendrá usted?

—Naturalmente. Es posible que necesite mis cuidados durante el camino.

—No sabe cuánto le agradezco lo que está haciendo, doctor. Confieso que al principio le tomé por un borracho.

—Es que lo soy.

Y lanzó una carcajada. Logan le palmeó el hombro mientras salían de allí para pedir un carromato.

Abajo estaba Mayne montando un brioso alazán y llevando en la grupa a la muchacha.

—¿Se la lleva? —preguntó Logan, burlonamente.

Mayne gruñó entre dientes:

—¿Quiere que me lo lleve por delante también?

—Otro día —dijo Logan, moviendo la mano como el que espanta una mosca.

Y se alejó de allí, mientras recordaba que con la precipitación no había enterrado ninguno de los cadáveres. Por las dos balas en el corazón identificarían al hombre que los había matado.

Pero ya era tarde para arrepentirse. Siguió adelante mientras pensaba que otra vez tendría que huir.

Ése era su maldito destino.

CAPÍTULO III

Donald, el dueño del rancho más importante de la comarca, resultó ser un hombre alto, señorial, de cabellos blancos, que fumaba incansablemente en una larga pipa.

Cuando vio que transportaban a su mujer de aquel modo, tuvo un violento sobresalto, pero se tranquilizó relativamente al oír las explicaciones del médico.

—Ya no corre peligro —dijo él—, con tal de que la dejen descansar todo el tiempo necesario. Apenas tiene fiebre, y el peligro más grave, que era la infección, no es probable se presente.

—Pero ¿cómo ha ocurrido? ¿Cómo ha sido posible? Ella había ido al médico especialista porque esperábamos un hijo. Un hijo al cabo de diecisiete años, imagínese. Dios mío… Nunca me perdonaré por no haberla acompañado.

—Ya veo que están en temporada de marcar reses —dijo Logan —, y eso hace aumentar hasta el infinito el trabajo en un rancho. Me hago cargo de que no haya podido salir usted de aquí, señor Donald.

—¿Usted es el hombre que la salvó?

—Yo me limité a apretar unas cuantas veces el gatillo y a buscar luego a un médico.

—Por favor, cuénteme cómo ha sido.

Después de dejar a Mara en su habitación, atendida por dos sirvientas, Donald se creyó en la obligación de ofrecer una copa a sus huéspedes, aunque por su gusto no se hubiera separado un momento del lecho de su esposa.

Fue entonces cuando Logan, en breves palabras, le explicó lo sucedido.

—¿Y Houston? —preguntó Donald.

—Muerto. Fue él el primero en caer. Lo que lamento es que las circunstancias no me permitieran recuperar su cadáver.

—¿Cree que podremos hallarlo ahora? A él le hubiera gustado reposar en este rancho.

—Lo veo difícil —musitó Logan, pesarosamente—. Ya sabe lo que son los buitres. Cuando yo me alejé de allí ya estaban planeando. Ahora habrán empezado su siniestra tarea.

—Comprendo —dijo Donald.

Bebió él también un sorbo de Oporto y dijo mirando a los dos hombres:

—¿Qué puedo hacer para agradecerles su gesto?

—Mis honorarios son, ¡ejem!…, cincuenta dólares —dijo el médico—. En cuanto a este caballero…

—Yo no quiero nada —dijo Logan—. Usted hubiese hecho lo mismo caso de ver a una mujer en peligro.

—Es posible —susurró Donald—, pero mis circunstancias no son las mismas de ningún modo.

—¿Por qué?

—Se ha metido usted en un buen lío, amigo.

Las facciones de Logan se tensaron sin que él se diera cuenta.

—¿Por qué?

—Yo he visto su retrato en algunas estaciones de ferrocarril. Viajo bastante, ¿sabe? Y tiene usted una cara que se recuerda fácilmente. Se llama Logan, ¿verdad?

—Sí.

—Y le persiguen en muchos sitios. Esos muertos que ha dejado en la llanura provocarán una investigación, aunque sea por rutina, y saldrá usted a relucir, amigo.

—Puesto que ya está hecho, no puedo evitarlo —dijo Logan—. Más valdrá que siga mi camino y atraviese la frontera de México. Allí no existe la ley de los yanquis.

—Le sugiero otra cosa mejor —propuso Donald.

—¿Cuál?

—¿Por qué no se queda en mi rancho? Yo necesito hombres capaces, y aunque el *sheriff* de Albuquerque sepa que usted está aquí, no se atreverá a venir a buscarle por respeto a mi nombre. Le ofrezco trabajo y seguridad. ¿Qué me contesta a eso? —Yo le contesto: «Muchas gracias, pero no».

—¿Por qué?
—Por dos razones.
—Dígalas.
—La primera, que usted me hace esta oferta por gratitud. Así es como obran los hombres honrados. Pero recuerde que yo no le he pedido absolutamente nada.
—Muy bien. ¿Y la segunda razón?
—Ésa es la más importante.
—Entonces dígala.
Logan se pasó la lengua por los labios secos.
—Yo he visto desnuda a Mara.
Donald apretó los puños instintivamente, mientras sus ojos se entrecerraban un momento.
—¿Qué quiere decir? —preguntó, con voz tensa.
—He ayudado en la operación. Ya sé que es una tontería y que ninguna culpa tenía ella ni la tengo yo. Pero las mujeres son muy sensibles a esas cosas, y sé que Mara tendría vergüenza cada vez que se cruzara conmigo en el rancho. Cualquier palabra, cualquier referencia a lo sucedido, podría molestarla. Lo mejor es que me marche lejos de aquí y no volvamos a encontramos en la vida.
Donald susurró:
—Sólo tengo que decirle una cosa, Logan, y es ésta: ¿Permite que estreche su mano?
—¿Por qué no?
Los dos hombres cambiaron un apretón en silencio.
—¿Adónde va a ir? —preguntó Donald, cuando se separaron.
—Ya le he dicho que atravesaré la frontera de México. No hay demasiada distancia.
—Aunque va contra mis principios, daré una pista falsa al *sheriff*. ¿De veras no quiere admitir nada más?
—Sólo un poco de comida para el viaje, agua, y forraje para mi caballo. Es ese que ha venido atado detrás del carromato.
—Será complacido.
Una hora después, Logan reemprendía su camino, siempre hacia el Sur, mientras a rancho Donald llegaba una joven morena, con la larga cabellera flotando al viento, que a una distancia de unas cincuenta yardas se cruzó con él.
Era la única hija de Mara y de Donald, aunque entonces Logan

no podía saberlo.

—¿Quién es? —preguntó a Donald cuando éste, como siempre, la ayudó a desmontar del caballo.

Con la mirada señalaba hacia la lejanía, hacia la espalda de Logan. —No lo sé— dijo su padre. —Es un tipo que no tiene nombre…

La muchacha, pensativamente, llevó de la brida al caballo hasta la cercana cuadra.

Donald, su padre, la acompañó.

—Un tipo que no tiene nombre —dijo ella, con un soplo de voz —. Es realmente extraño.

—¿Por qué?

—Hemos pasado a muy poca distancia uno del otro y ni siquiera se ha vuelto para mirarme.

Donald sonrió.

—Estás acostumbrada a que los hombres pierdan los cinco sentidos por ti, ¿verdad?

—Y con toda razón —dijo ella, riendo también.

—Pero eres una chiquilla.

—¿Tú crees? ¡Qué poco entiendes de esas cosas, papá! ¡Los hombres viejos no sabéis nada de nada! Ya voy a cumplir dieciocho años.

—Sigues siendo una chiquilla.

—¿A qué edad se casó mi madre?

—Pues…, era muy jovencita, pero entonces los tiempos también eran distintos.

Se pasó una mano por los labios, como si no supiera bien cómo empezar, y al fin dijo:

—Tu madre no se encuentra bien, Yira.

Yira abrió mucho sus hermosos y almendrados ojos.

—¿Qué le ocurre? Había ido al médico, ¿verdad? ¿Tal vez una caída del caballo?

—Algo parecido. Anda, ve a verla. Seguro que se sentirá muy a gusto en tu compañía, pero no le hagas demasiadas preguntas.

Cuando la muchacha, ahogando un gemido de angustia, se alejó, Donald la miró atentamente.

Se sentía orgulloso de ella, ésa era la verdad.

Yira resultaba, sin disputa, la muchacha más bonita que había

en toda aquella parte de Nuevo México. Alta, esbelta, convertida ya en una auténtica mujer, a pesar de ser sólo una muchacha, encendía miradas de pasión en todos los hombres que se cruzaban en su camino. Aquello constituía una preocupación para Donald, y por eso procuraba que no saliese nunca sola de los límites del rancho, ni siquiera para sus cotidianos paseos a caballo. Porque dentro del rancho todo el mundo era de confianza. Incluso los peones más mujeriegos y peligrosos miraban a Yira con respeto.

Donald encendió con gestos pensativos su pipa y fue hasta el dormitorio de la muchacha, para dejarle allí un frasquito de perfume que había mandado traer aquella misma mañana.

Le gustaba darle sorpresas así para que ella fuese feliz.

Procuraba que no notase a faltar nada dentro del rancho, que se sintiera como una chica de las que habitaban en la ciudad. Se preguntó si su marido la querría tanto cuando se casasen.

Porque Yira iba a casarse.

Ya en el dormitorio de su hija, Donald contempló al daguerrotipo que ella tenía junto a la cabecera del lecho. Aquel daguerrotipo representaba a un hombre joven, bien vestido, bien cuidado, que sonreía con expresión de suficiencia. Al pie de la foto, en la dedicatoria, estaba escrito:

«A Yira, con todo mi amor. — Mayne».

Mayne era el tipo con el que Logan había estado a punto de desafiarse en la casa de postas. Pero eso Donald no lo sabía.

Cuando se disponía a regresar junto a su esposa, Donald vio avanzar por la llanura cinco puntitos negros.

Los reconoció por el color de los caballos al tenerlos más cerca. Eran el *sheriff* y sus ayudantes. ¿Para qué cuerno se dirigirían hacia allí?

Seguro que era por lo de Logan.

Donald se quitó el sombrero para hacer un saludo al *sheriff*, mientras éste descabalgaba, y preguntó:

—¿A qué debo el honor de su visita, caballeros? ¿Es que han decidido aceptar la invitación para comer que les hice el mes pasado?

El *sheriff* fue directo al grano. Desenrolló un pasquín que llevaba en una de las fundas de su silla y lo mostró a Donald.

—¿Reconoce a este hombre?

Aquel hombre era Logan, pero el ranchero disimuló.

—Es un reclamado, por lo que veo.

—¿Ha estado por aquí?

—¿Había alguna razón especial para que este hombre apareciese por rancho Donald?

—Sí. Mara, la mujer de usted.

—A ver, explíquese.

—En el curso de una patrulla hemos encontrado muerto a Houston, su empleado más antiguo. Sabemos que Houston había acompañado a su esposa a Albuquerque. ¿Ha vuelto ella?

—Sí, aunque herida.

—¿Qué ha declarado?

—No le he preguntado nada, ni consentiré que ustedes lo hagan. Necesita absoluto reposo.

El *sheriff* se pasó una mano por la barba, que tenía cubierta de polvo.

—Diantre, ya sabe que no voy a hacer nada en contra de su voluntad, Donald, pero este asunto es más grave de lo que parece. Logan es un fulano que está reclamado en todos los territorios que hay desde Denver hasta México.

—¿Y qué tiene él que ver con lo que ha ocurrido?

—Muy sencillo. Había cuatro tipos más descansando eternamente junto a Houston. Los buitres habían empezado a devorarlos, pero aún hemos llegado a tiempo de advertir que los habían despachado con dos balas en el corazón a cada uno. Ésa es la marca de fábrica de Logan. Desde que era un niño no ha sabido matar a nadie si no era de ese modo.

—Al menos no hace sufrir.

—Déjese de comentarios, Donald. Ese descubrimiento significa que Logan está en mi condado, y si él está por aquí, tendremos guerra de la gorda. Necesito echarle el guante antes de que sea demasiado tarde, y para eso hace falta que nos diga si lo ha visto por aquí. Pudo ser él, por ejemplo, el que le trajo a su esposa.

Donald pensó: «No eres tonto, viejo buitre», pero hizo esfuerzos por disimular su turbación.

—No —dijo al fin, mintiendo para salvar a su nuevo amigo—. No ha pasado por aquí, *sheriff*. Lo normal es que si ha dejado atrás a cuatro hombres, se haya largado volando hacia el Norte.

—¿Por qué hacia el Norte precisamente?

—Porque debe saber que usted le perseguirá solamente por el Sur, a lo largo de la frontera con México.

—Claro, es cierto —rió el *sheriff*—. ¡Buena idea, amigo!

Montó inmediatamente a caballo y ordenó a sus hombres:

—¡Vamos! ¡Logan ha tenido que huir hacia el Norte! ¡Hemos de cortarle el camino antes de que anochezca! ¡Adelante!

Los cuatro hombres giraron grupas y se dirigieron hacia la salida del rancho entre una nube de polvo.

Donald suspiró, aliviado.

Su suspiro fue tan intenso que pareció levantar una nube de polvo también.

Logan se dirigió en línea recta hacia la frontera, pero antes de llegar a ella se tropezó con alguien que le hizo cambiar de propósito.

Ese alguien era una muchacha muy bonita, despeinada, con la larga cabellera negra flotando al viento. Llevaba las ropas desordenadas y caminaba por la llanura como una borracha o como una sonámbula.

Logan la reconoció, a pesar de la distancia.

Era la muchacha a la que viera poco antes con Mayne, en la casa de postas. La que intercedió para que los dos no se pelearan a muerte.

Espoleando a su caballo, Logan se acercó a ella. La chica intentó huir al verle, asustada, pero él le cortó el camino. Se daba cuenta de que le había pasado algo muy grave, y de que si no la detenía haría tal vez una locura. Saltó del caballo y la sujetó con sus brazos.

—¡Suélteme! ¡Suélteme, canalla!

—No tema. ¿Por qué está tan asustada? No intento hacerle daño.

Ella le miró al fin, reconociéndole. Sus facciones se fueron calmando poco a poco, sobre todo cuando él la soltó y permitió que se sentara sobre una piedra, a unos cinco pasos.

—Usted es… —balbució.

—Sí, yo soy el hombre al que ha conocido esta mañana en la casa de postas. El que buscaba al médico. ¿Qué le ha ocurrido,

muchacha?

—¿Y a usted qué le importa?

—Reconozco que no es cosa mía, pero me ha dado la sensación de que en cualquier momento podía ocurrirle algo.

—¿Y qué? Estoy bien, ¿no lo ve? ¡Pues lárguese de una maldita vez y déjeme en paz!

Logan sonrió tristemente.

Cuantos más esfuerzos hacía la muchacha para alejarle, más cuenta se daba él de que estaba desesperada.

Tenía vuelta tenazmente la cabeza y procuraba no mirarle, pero Logan advertía que era para ocultar las lágrimas.

—¿Ha sido él? —preguntó.

—¿Quién?

—Mayne. Y no me diga ahora que no lo conoce.

—¡Váyase al infierno!

—Me iré, muchacha, pero usted va a acompañarme. No quiero que haga ninguna barbaridad, dejándose arrastrar por las aguas del río, por ejemplo.

Ella crispó el puño con el que se sostenía la frente.

—No volveré a mi casa nunca… ¡Nunca!

—Eso me hace pensar con más razón que le ha ocurrido algo grave.

—No me ha ocurrido… nada.

La última palabra ya no pudo pronunciarla apenas la muchacha. Rompió a llorar y los sollozos estremecieron su cuerpo. Cuantos más esfuerzos hacía por contenerse, más desgarrado era su llanto. Logan se acercó y se mantuvo a unos pasos, mirándola en silencio. La dejó llorar porque supo que eso la calmaría. Luego, cuando ella pareció más tranquila, preguntó con voz suave:

—¿Por qué no me lo explica? ¿No le han dicho nunca que las penas son menores si se reparten entre dos?

—Mayne… —susurró ella.

Logan, a pesar de ser muy joven, había visto ya demasiadas cosas en su vida. Y conocía ya aquella historia, tan vieja como la maldad humana, igual que si hubiera visto lo ocurrido.

—Te has fugado de tu casa, ¿verdad? —preguntó a la chica—. Te has fugado de tu casa porque él te había prometido que iríais a buscar a un sacerdote y hoy mismo seríais marido y mujer.

Ella alzó hacia el hombre sus grandes ojos, mirándole asombrada.

—¿Cómo… sabe eso?

—No es difícil imaginarlo, muchacha.

—¿Qué… qué más imagina?

Ella estaba roja como la grana, pero ahora miraba fijamente las facciones del hombre. —Hable— exigió. —¡Hable!

—Imagino —dijo Logan, sin mirarla— que tú te has convertido en su esposa antes de la boda, confiando en su palabra. ¿No es así?

Un sollozo entrecortado de la muchacha le convenció de que había acertado en su suposición.

—Y luego te ha dicho que te fueras con viento fresco, ¿verdad?

Ella seguía llorando, ahora sin mirarle.

—Bueno, muchacha, el mundo no se va a terminar hoy —dijo Logan, con su entonación más alegre, procurando consolarla—. A ti te parecerá que todo está perdido y que nunca más vas a ser feliz, pero no eres la primera mujer a la que esto ha sucedido ni serás la última. Encontrarás otros hombres que serán dignos de ti, puedes estar segura. —Yo…, yo, en cambio, no seré digna de nadie.

—¿Por qué? Esto quedará en secreto.

—Mis padres…

—Tus padres tampoco lo sabrán. Bueno, eso imagino yo al menos. Confío en que la cosa no tendrá consecuencias.

En vista de que ella no contestaba, Logan dijo para crear un clima de mayor confianza:

—Aún no conozco tu nombre.

—Me llamo Judith.

—Muy bien, Judith, vas a permitirme que te acompañe a tu casa. Yo soy bastante embustero, ¿sabes? Y puedo contar a tus padres un cuento que los convenza.

Ella alzó el rostro, riendo por primera vez.

—¿De veras es un embustero?

—No te lo puedes ni imaginar.

—¿Y cómo se llama?

El apretó los labios.

—Logan —dijo—. Pero eso es verdad.

Le dio la mano, haciéndola levantarse, y suavemente la ayudó a montar en su caballo. A partir de ese momento, Judith se comportó

ya con una confianza instintiva, como si estuviera con su hermano mayor.

—¿Dónde cae el rancho de tus padres?

—A diez millas de aquí, siguiendo la línea de la frontera.

—Entonces llegaremos antes de que anochezca —dijo Logan—. Está visto que hoy no habré hecho más que acompañar mujeres en todo el día.

Pero a pesar de ello y de la complicación que todo esto representaba, Logan se sentía feliz.

CAPÍTULO IV

Los padres de Judith eran rancheros pobres si se les comparaba con el opulento Donald, aunque tenían unas quinientas cabezas de ganado, cinco vaqueros empleados y muchos acres de terreno de buena hierba y con abundante agua.

Recibieron bien a Logan, pero éste tuvo que echar mano de toda su imaginación para convencer a los padres de la muchacha de que ésta había salido por la mañana para asistir a la boda de una amiga, dilatándose la ceremonia más de lo previsto. Al principio no le creyeron, pero dio tantos detalles y con tanta sensación de verosimilitud, que terminaron incluso por emocionarse con la historia de aquella boda.

Sólo cuando pudieron quedar solos un momento con Judith, al retirarse ella, susurró:

—Gracias.

—No me las de —dijo Logan.

—Ha hecho usted más por mí que mi propio padre.

—Diantre, no soy tan viejo.

—¿Qué edad tiene? Unos veinticinco años, no más. Pero por su expresión tan seria, parece a veces un hombre mayor.

—Y tú pareces más chiquilla de lo que eres. Vamos, retírate a descansar y procura olvidar lo que ha pasado hoy. En realidad tienes toda la vida por delante para volver a ser feliz.

Ella se elevó sobre las puntas de sus pies y le dio muy rápidamente un fugaz beso en una de las mejillas.

—Gracias —susurró—. Siempre gracias…

Logan tenía la sensación de que se había convertido definitivamente en un viejo.

—¿Y qué va a hacer? —le preguntó el padre de Judith cuando se

quedaron los dos hombres solos—. Porque usted es forastero, ¿no? ¿De dónde viene?

—Vengo un poco de todas partes. Hace años que salí de mi casa y vagabundeo por el Sudoeste.

—¿No tiene trabajo?

—Ahora no.

—¿Qué sabe hacer?

—Lo que todo el mundo en el Oeste: arrear ganado, marcar reses, manejar el lazo y «sacar» rápido cuando hace falta. He trabajado en muchos ranchos a lo largo de mi vida.

—¿Le gustaría trabajar en éste?

—¡Hum! No creo que usted necesite a nadie. Esto es bastante chico.

—Los peones que tengo todo el año aquí no me bastan cuando hay que arrear ganado. Además, los cuatreros atraviesan con demasiada facilidad la línea divisoria con México.

Esta zona es buena por los pastos, pero en cambio resulta peligrosa.

—¿Me está ofreciendo un empleo? —sonrió Logan.

—Si quiere aceptarlo, sí.

Logan miró los campos a través de la ventana. Había luna llena y los veía con la misma claridad que si fuese de día. Se daba cuenta de que aquél era tal vez el rancho más apartado de Nuevo México, y de que a nadie se le ocurriría buscarle por allí. Además, quizá convendría quedarse unos meses, hasta convencerse de que a la chica no le había ocurrido nada irremediable. Esbozó una sonrisa.

—¿Por qué me lo ofrece? —preguntó—. Usted no me conoce.

—Se lo ofrezco porque me es usted simpático.

—¡Vaya! ¿Y por qué se lo soy?

—Porque miente usted divinamente.

Logan se quedó de piedra, y sintió que la saliva se le atascaba en mitad de la garganta.

—¿Que yo miento?

—Más que un caballo, amigo mío. No crea que lo de mi hija me había pasado por alto. Usted ha inventado esa historia para ayudarla, y ello me ha bastado para darme cuenta de que trato con una buena persona.

—Creí que mentía bien —dijo Logan, farfullando—, y ahora

resulta que tengo que empezar a aprender.

—Entonces quédese conmigo —ofreció el padre de Judith—. De vez en cuando yo también le suelto a mi mujer fenomenales mentiras.

Los dos hombres soltaron al unísono una carcajada.

Y allí, sin más preámbulos, quedó cerrado el trato entre los dos.

Logan permaneció un año entero en aquel pequeño rancho. Y por su gusto se hubiera quedado tal vez toda la vida, porque allí había encontrado la paz, pero los acontecimientos se precipitaron, arrastrándole en la vorágine.

Yira salió aquella noche del edificio del rancho donde ella vivía cuando sobre la llanura empezaba a descargar la tormenta.

Gruesas gotas de lluvia clavetearon la tierra seca y árida de las últimas semanas.

La muchacha se puso sobre los hombros el manto que la hacía parecer una mexicana, y caminó en la oscuridad en dirección a los apartaderos de los caballos.

Éstos resollaban inquietos, mientras un par de vaqueros salían presurosamente para ponerlos a cubierto.

Yira consiguió que no la viesen.

Más allá de los apartaderos, en la zona donde comenzaba un espeso bosque propiedad de la familia, un jinete aguardaba caracoleando su ágil caballo negro. El hombre dijo al ver llegar a Yira:

—¡Por fin!

La muchacha se detuvo junto al caballo.

—¿Qué querías, Mayne? ¿Por qué citarme precisamente a esta hora y a escondidas de mis padres?

—Anda, sube.

—Pero ¿por qué?

—Tengo que hablarte.

—Lo que sea podrías decírmelo en casa.

—¿Es que no tienes confianza en mí?

Yira comprendió que sería estúpido sentir desconfianza. Mayne y ella iban a casarse dentro de poco. De modo que se encogió de hombros ante aquel capricho intempestivo y dejó que Mayne la ayudara a subir a su caballo, internándose en el bosque pocos segundos después.

—¿Adónde me llevas?
—A un sitio donde podamos estar tranquilos, Yira.
—Está bien, pero procura que no sea lejos de aquí. Hace una noche de infiernos.
—No te preocupes. Está aquí mismo.
El «aquí mismo» significó una cabalgada de media hora, y eso que el corcel de Mayne era uno de los mejores que había por la comarca.
Azotados por las ráfagas de lluvia, avanzaron a través de la llanura hasta llegar a un grupo de casas viejas y feas, que parecían como una sucia verruga brotada en el paisaje. —¿Qué es eso?— musitó Yira.
—Una cantina.
Yira no conocía ninguna de las cantinas esparcidas aquí y allá por el territorio de Nuevo México. No sabía que la mayor parte de aquellos lugares eran sólo frecuentados por hombres que generalmente pasaban allí una noche, en habitaciones donde no les molestaba nadie.
Mayne sí que conocía aquello, así como a la mayor parte de las mujeres que, también durante la noche, acudían allí y se dejaban invitar por los forasteros.
A pesar de eso, no le gustó el aspecto de los edificios.
Musitó:
—¿Por qué me traes aquí?
—Es un lugar tranquilo y donde no va a molestamos nadie. He de hablar contigo de algo referente a tus padres.
—¿De algo referente a mis padres?
Todo esto sucedía pocos días después de haber marchado Logan del rancho, y, por tanto, la madre de Yira aún estaba en cama de resultas de la peligrosa operación sufrida.
—Sí. Entra.
La cantina consistía en un pequeño mostrador donde no había nadie, y varias mesas esparcidas por el local entre una discreta penumbra. Al fondo, unas escaleras subían hacia el piso superior.
—Siéntate. ¿Quieres?
—Mayne, no me gusta este sitio.
—¿Por qué? Es un lugar como otro cualquiera. Ya se sabe que en esta parte del Sudoeste no abundan los palacios.

—Bien. ¿Qué quieres decirme?

Estaba ansiosa por saber qué era lo que Mayne podía tener en contra de sus padres, ya que la había citado con tanto misterio.

—Vamos a adelantar nuestra boda.

—¿Por qué?

—Lo preguntas como si estuvieras alarmada. ¿Es que no tienes ganas de casarte conmigo? —preguntó Mayne, con suspicacia.

—Sí… Sabes que sí.

—Entonces vamos a adelantar nuestra boda, como te digo. Creo que con motivo de una compra de ganado voy a tener una cuestión con tu padre, y no creo que eso favorezca nuestras relaciones, cariño. En cambio, si estamos casados, la cosa no tendrá tanta importancia.

—¿Qué problema es el que vas a tener, Mayne?

—Tu padre encargó unas vacas Hereford para recría, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Pues vinieron consignadas a mi nombre por error, y yo las pagué. Ahora quisiera quedármelas.

—Pero ¿por qué? Se las entregas a mi padre y en paz. El te rembolsará el dinero.

—Lo malo es que ya las he marcado.

Yira sonrió. ¡Estúpidos problemas de los hombres, que a veces se ahogaban en un vaso de agua!

—Esto tampoco tiene importancia —dijo—. Aunque lleven tu marca, los dos sabréis que son de mi padre.

—Claro. Eso no tiene la menor importancia si nos casamos, pero en cambio la tendrá si nuestros ranchos siguen siendo separados y en cierto modo rivales.

Yira lanzó una carcajada, echando la cabeza para atrás, y Mayne, con los ojos brillantes, aprovechó la ocasión para besarla en el cuello.

La muchacha se puso seria de repente, mientras cerraba un momento los ojos y esquivaba la caricia.

—Sabes que eso no está bien, Mayne.

—Pero si vamos a casarnos pronto.

—Razón de más para que tengas un poco de paciencia.

—No te gusto —dijo él, sombríamente—. Me estoy dando cuenta de que no te gusto. —No es eso. Gustarías a cualquier mujer porque

eres joven, guapo y distinguido, y porque, además, tienes dinero y sabes manejar el revólver. Pero una muchacha debe aprender también a no entregarse de cualquier manera.

—De acuerdo —dijo Mayne, como si se resignara—, pero al menos estarás conforme en hacer lo que he dicho.

—¿Anticipar nuestra boda?

—Claro, muñeca.

—Debo decirlo a mis padres —musitó ella—. Sabes lo que ocurre con mamá. Está convaleciente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no podría asistir a nuestra boda. Soy la única hija y lo lógico es que quieran que mi matrimonio se celebre con la mayor dignidad.

—¿Te parece poca dignidad llegar un día a ser heredera del poderoso rancho Mayne?

Yira tensó los músculos de su rostro.

—Yo no soy una muerta de hambre —musitó—. Sabes perfectamente que nunca me casaría por interés.

Está bien… —Mayne parecía haberse resignado de nuevo—. Entonces más valdrá que arreglemos lo de las Hereford. Arriba está el hombre que las consignó a mi nombre y que puede arreglarlo todo. ¿Quieres que subamos un momento a hablar con él?

—¿Por qué está arriba?

—Nada más natural. Esto es una cantina donde se sirven bebidas y donde los hombres nos reunimos a hablar de nuestras cosas.

—Está bien. Vamos.

La muchacha se puso en pie. Su figura grácil, juvenil, de líneas suaves y al mismo tiempo tentadoras, se recortó con toda su pujanza en la penumbra viciosa del local.

—Vamos… —repitió Mayne, en un susurro.

Caminaron hacia las escaleras que había al fondo, pero entonces ocurrió algo inesperado.

Un hombre que estaba al fondo del local —un tipo demasiado joven para estar allí— se puso en pie lentamente.

Llevaba ropas de vaquero, botas altas y un chaleco negro.

—Quietos —dijo con suavidad.

Mayne le miró.

—¿Qué ocurre?

—Quiero saber adónde van. —Arriba.

—Pues no den un paso más.

Y el joven apoyó su gesto descansando suavemente la mano sobre la culata de su revólver, una culata donde había cuatro muescas.

Mayne apartó un poco a la muchacha, mientras él acercaba también la mano a su revólver.

—¿Por qué no podemos dar un paso?

—Esta señorita es la hija de Donald y sé perfectamente que se trata de una mujer honesta.

Rechinaron los dientes de Mayne.

—No digo lo contrario.

—Pues si usted opina como yo, no le haga poner un pie en los peldaños de esa escalera.

—Arriba tenemos que entrevistarnos con alguien… —dijo Mayne, intentando salvar aún la situación.

—¿Sí? —preguntó irónicamente el otro.

Yira no acababa de comprender del todo el sentido de aquellas frases que los dos hombres se lanzaban uno al otro como afilados cuchillos. Sólo sabía que allí iba a rugir el plomo, y eso la llenaba de angustia. Intentó apartar a Mayne, pero éste la mantuvo a distancia.

—Quieta —susurró.

Y miró al joven.

—Por lo visto, quiere morir —dijo con una espantosa calma—. Muy bien, muchacho, tengo dinero suficiente para pagarle una caja de caoba con sus iniciales. ¿Le parece bien esta distancia?

Cuando guste, milord.

Yira gritó:

—I¡Nooo!

Pero ya era demasiado tarde para impedir el desafío. Las dos manos derechas habían volado ya en busca de las armas.

Sonó un solo estampido, y el joven que había osado desafiar a Mayne cayó hacia atrás con una espantosa brecha en mitad de la frente. Por su parte, no había tenido tiempo ni de poner el revólver en línea de tiro.

Mayne enfundó el revólver lentamente, después de soplar en él cañón.

—Vamos —dijo, mirando a Yira.

Ésta le siguió como un autómata, muda todavía por el horror de lo que acababa de suceder junto a ella.

Arriba todo eran puertas cerradas y silenciosas. Mayne empujó una de ellas para encontrarse ante una habitación parecida a la de un hotel, donde no había nadie.

—El tipo no ha venido aún —rezongó.

Yira contuvo la respiración.

—Está bien. Entonces le esperaremos abajo.

—¿Por qué? Abajo hay un cadáver.

Yira comprendió que él tenía razón. No podría resistir un segundo más en la sala inferior. Estuvo a punto de suplicar que se marcharan, diciendo que ya hablarían de aquello otra noche, pero Mayne ya la había empujado al interior de la habitación, cerrando la puerta.

Ella se volvió. Vio que los ojos del hombre llameaban, vio que había en ellos una mirada que no había encontrado nunca.

—Mayne…

—Anda, nena, ahora dispongámonos a esperar a ese hombre. No tardará. ¿Por qué no te sientas?

—Salgamos de aquí, Mayne.

—¿Por qué? ¿No estamos mejor que abajo?

—¿No te das cuenta de que…?

—Me doy cuenta de que te quiero.

La muchacha se dio cuenta también de muchas cosas más.

—¡Vete! —aulló—. ¡Vete!

Pero pronto se dio cuerna, con desesperación, de que aquél era un lugar donde nadie hacía caso de nadie.

CAPÍTULO V

El *sheriff* de Albuquerque abrió mucho los ojos, con asombro, al oír aquella noticia.

—¿Y dices que viene a la ciudad?

—Seguro, patrón.

El mexicano que le servía de confidente, un vendedor ambulante que estaba enterado de todo lo que pasaba en la comarca, se sentó ante la mesa y se atizó un trago monumental de su botella de tequila.

El *sheriff*, sin darse cuenta de lo que hacía, bebió también.

—¿Y estás seguro de que es él? —preguntó.

—Como que le estoy viendo a usted, tan lusido y tan puestesito…

—De modo que Logan se atreve a venir a la ciudad…

—Y lo mono y rebién que está… No se lo puede imaginar.

—¿Dónde se ocultaba hasta ahora?

—En un rancho muy cerca de río Grande, en la frontera de mi tierresita… El sitio más pelado y mondo que existe, patrón. Lo tenían allí de capatás o algo parecido.

—¿Y a qué viene?

—Hay que comprar ganado para la recría, *sheriffito*. Si uno no se preocupa de eso, la cosa se le termina… Y ocho o nueve sementales de pura sangre valen un fortunón. Seguro que han pensado que sólo un tipo como Logan podía llevarlos a su destino.

El *sheriff* se acarició la barbilla pensativamente.

Hacía nueve meses o poco menos que no sabía nada de Logan, después de haberlo buscado infructuosamente por todo el condado a su cargo y aun por los condados vecinos. El hecho de que durante aquel tiempo hubiera hecho vida honrada, no significaba nada,

porque las acusaciones contra él seguían en pie. Era uno de los hombres más buscados del país, y si él lograba capturarlo tenía la reelección segura.

De modo que tomó una decisión.

—¿Cuándo llegará? —preguntó.

—Dentro de dos horas, patronsito. Lleva un buen jumento, pero yo me he adelantado por vericuetos que él no conose. Además, no tiene prisa. Debe pensar que en nueve meses la gente se ha olvidado de él, pero de todas maneras pienso que se le removerán un poco las tripas al entrar en Albuquerque.

—Dos horas —dijo pensativamente el *sheriff*—. Entonces tenemos tiempo más que suficiente para prepararle una buena acogida.

Se puso en pie.

—Oiga, *sheriffito* —suspiró el mexicano—. Según la merendola que usted organice, va a haber barriles de vino tinto.

—¿Vino tinto? ¿Qué quieres decir?

—Sangre calentita.

—No tengas miedo. No dejaremos tiempo a Logan para que despache a nadie. ¿Qué armas lleva?

—Un revólver, un cuchillo y un rifle.

—De nada le servirán. Vamos.

El *sheriff* salió de la oficina y fue en busca de sus ayudantes, que merodeaban por distintos lugares de la población. Esos ayudantes eran tres y no demasiado listos. Por tanto, el *sheriff* tomó la decisión de reunir a una parte de la milicia local.

En menos de veinte minutos, y anunciando previamente que no existía peligro, reunió a diez hombres.

Todos llegaron a su oficina con rifles y abundante munición, prestaron juramento y pidieron instrucciones.

—Hay que capturar vivo a Logan. —El *sheriff* consultó su reloj —. Llegará aquí dentro de hora y media, aproximadamente. Para ello es necesario que nadie cometa imprudencias ni se presente a él cara a cara. Logan es un tirador temible y se revolverá como un perro rabioso si ve que lo cercan.

—Entonces, ¿qué piensa hacer, *sheriff*?

—Os colocaréis en los tejados en los sitios donde yo os indique, y permaneceréis completamente invisibles para cualquiera que

salga de la ciudad. Nadie se moverá ni hará nada hasta que yo dispare. ¿Entendidos?

—Entendidos, *sheriff*.

Y todos los hombres fueron colocados en sitios estratégicos de los tejados, aproximadamente a la entrada de la ciudad.

Una hora y media después, exactamente, se veía en el horizonte la nubecilla de polvo levantada por el caballo de Logan.

Los hombres prepararon sus armas.

Logan tenía que pasar por debajo de más de veinte rifles, si seguía avanzando por el centro de la calle. Y evidentemente, eso era lo que tenía que hacer, si pensaba llegar a los apartaderos donde aguardaban las reses después de los embarques. El *sheriff* susurró a los que estaban a su lado:

—Atención…

Logan ya se encontraba a muy poca distancia. Apenas unas cincuenta yardas de las casas.

Los rifles emergieron un poco por el borde de los tejados.

Treinta yardas…

El *sheriff* puso el dedo en el gatillo.

Veinte…

De pronto, cuando Logan estaba casi debajo de las armas, el *sheriff* se puso en pie de un salto y disparó. La suya fue una bala de aviso, pero aun así arrancó el sombrero de la cabeza de Logan.

Éste llevó la mano al revólver.

Nadie se hubiera atrevido a esperar un movimiento tan instantáneo, tan certero en aquel hombre que parecía haber sido cazado por sorpresa. El revólver brotó a la luz en fracciones de segundo, y el fogonazo color naranja rebrilló en los ojos del pistolero. El *sheriff* sintió que una bala atravesaba su mano derecha y cayó hacia adelante, soltando el arma con la que acababa de disparar, mientras todos sus hombres se ponían en pie a la vez.

El de la estrella rugió:

—¡Lo quiero vivo…!

Dos balas mataron al caballo de Logan, y una de ellas rozó la pierna del jinete, que cayó con el animal, quedando estribado y con parte del caballo encima.

En estas condiciones era imposible tratar de huir. Logan se dio cuenta de que había caído en la trampa.

Con un gesto de resignación, dejó caer sobre el polvo el revólver que aún empuñaba en la mano derecha.

El *sheriff* gritó:

—¡A por él!

Los que aguardaban en la calle, ocultos en los porches y en las tiendas, salieron armados y corrieron hacia el caído.

—¡Arriba las manos!

—¡No te muevas o te asamos!

Logan gruñó:

—¿Cómo queréis que me mueva si tengo el caballo encima? Os hubiera dado trabajo si llego a caer libremente…

—¡Cuidadito si acercas las manos a las botas!

—¿Qué creéis que llevo en cada una de ellas? ¿Un cañón?

—Son muchos los granujas como tú que esconden un revólver pequeño en la caña.

Varios brazos levantaron el caballo, mientras otros tiraban del cuerpo de Logan. Éste se encontró apresado y con las manos esposadas a la espalda mucho antes de haber podido darse cuenta de lo que ocurría.

El *sheriff* llegó apretándose la herida.

—¡Maldito perro…!

—Más vale que no se meta conmigo, *sheriff*. He podido matarle y en cambio le he dejado solo con una manita agujereada.

—Es que si llegas a matarme estarías colgado ya. Eres tú el que debe estar contento de que las cosas hayan salido así.

—Y lo estoy, *sheriff*. ¿No ve que doy saltos de alegría?

Los tipos que le sujetaban casi le rompen los brazos de tanto doblárselos. El *sheriff* se acercó algo más.

—Eres Logan, ¿no?

—Yo no he dicho que lo fuera.

—¿Vas a negarlo?

—Yo no afirmo ni niego. Si usted piensa que soy Logan y quiere detenerme por eso, a usted incumbe probar mi identidad. Si encima espera que yo le ayude, está listo.

—¿Y crees que con eso ganarás algo?

—Por lo menos vivo tranquilo mientras tanto —dijo Logan, encogiéndose de hombros.

—Uno de mis confidentes te reconocerá —gruñó el *sheriff*—. Es

el que ha dado el soplo.

—La declaración de un confidente no puede ser una prueba contra mí. El juez se negará a confirmar mi detención y no autorizará que me envíen esposado a ninguna parte. Además, amigo mío, dudo que a ese confidente le interese enseñarme la cara. Si usted espera que me reconozca, va a quedar con un palmo de narices. No vendrá.

El *sheriff* lanzó una carcajada.

—Es igual. No esperaba que Logan presentase unas dificultades tan idiotas, pero puesto que lo hace vamos a resolver esto enseguida. —Se volvió hacia uno de sus hombres—. Tú, muchacho, ve a la oficina y busca uno de los pasquines que tenemos con su sucia cara.

El agente salió volando.

Su tardanza se prolongó más de lo esperado, y el *sheriff* empezó a maldecir y a lanzar imprecaciones. Se puso lívido al ver que el hombre llegaba sin nada en las manos.

—Pero…, ¿y los pasquines?

—Se han perdido todos, *sheriff*. Ahora recuerdo que los rompimos porque pensamos que Logan estaba en México y no se acercaría nunca más por aquí. No queda ni uno.

Logan lanzó una carcajada. Sabía que al fin todas las cosas iban a aclararse y que su destino sería el mismo, pero cuantas más dificultades pusiese para retrasar el momento de colgar de un árbol, mucho mejor. Y por ahora iba teniendo suerte.

Pero el *sheriff* no iba a detenerse por un obstáculo tan tonto, y en el magín del tipo aquel germinó una idea.

—Ya sé —dijo.

—¿Qué va a hacer, *sheriff*? —preguntó uno de los agentes.

—Donald, el ranchero, me dijo hace tiempo que Logan había estado en su rancho. Como creyó que ya nunca le atraparíamos, me hizo esa confesión pensando que no tenía ninguna importancia. Pero ahora va a tenerla, cuerno. Bastará con que Donald le reconozca para que la cosa esté lista, amigo. Y el testimonio de un hombre como Donald sí que no podrá atacarse.

Las facciones de Logan se ensombrecieron.

—¿No puede dejar de molestar a Donald, *sheriff*?

—No, no puedo.

—Entonces reconoceré que soy Logan y en paz.

El *sheriff* frunció el ceño.

Ahora ya estaba lanzado, y todo aquello de los legalismos, los reconocimientos y las declaraciones le gustaba. Creyendo que así su éxito sería más redondo, decidió:

—De todos modos, iremos.

Indicó a uno de sus hombres que trajese su caballo y otro para el detenido. Logan fue obligado a montar, el *sheriff* lo hizo también y tres de los agentes les acompañaron.

Cuando se alejaron, entre una nube de polvo, pareció como si en la ciudad no quedara nadie, tanta expectación se había formado en torno al detenido.

Logan, resignado, iba cabalgando con las manos aún atadas a la espalda, sujetándose a la montura sólo con las rodillas.

Otro cualquiera hubiese caído varias veces, en recovecos difíciles, pero sus excepcionales cualidades de jinete le permitieron mantenerse erguido.

En más de un momento pensó aprovechar cualquier distracción de sus vigilantes para huir, pero con las manos atadas a la espalda era imposible. No sacaría a su caballo ni la mitad de velocidad en esas condiciones.

Mientras tanto y, para pensar algo, intentó saber lo que había ocurrido por la ciudad durante su ausencia.

—¿Se encuentra bien, Donald? —preguntó.

—Sí, muy bien —dijo el *sheriff*—. Sus negocios aumentan y puede decirse que es el mejor ranchero de esta comarca. Pero aunque sienta compasión de ti y te pague un abogado, no creas que por eso vas a salir bien librado. No se te juzgará aquí, sino en Denver.

—No quiero que nadie tenga compasión de mí.

—Pues te va a hacer falta —rió uno de los guardianes.

Logan decidió ignorar aquella observación.

—¿Y la señora Donald, qué tal está? —preguntó.

—Oh, bien… Creemos que bien, aunque no se la ve nunca. Tuvo una mala caída de caballo y desde entonces apenas ha salido de sus habitaciones.

A Logan le extrañó que ella no saliera para nada, si ya estaba bien, pero guardó silencio.

Sólo preguntó:

—Tenían también una hija, ¿no? ¿Se ha casado ya?

El *sheriff* hizo un gesto negativo.

—No, no se ha casado aún. Pero ¿para qué preguntas tanto si ya estamos llegando?

En efecto, en el horizonte se divisaban ya las edificaciones del rancho Donald.

CAPÍTULO VI

En aquéllos edificios que tenían frente a ellos, y que parecían bendecidos por todas las prosperidades, tenía lugar, sin embargo, una escena que nadie imaginaba.

Durante meses y meses, Yira no había salido de sus habitaciones, en una reclusión que había acabado con todas sus fuerzas. Su madre tampoco había salido.

Y ahora, Yira estaba en una de las salas del piso superior, hablando precisamente con sus padres. En estos momentos, Yira era una máscara de dolor que hubiera impresionado a cualquiera que la viese.

Su madre, pálida y ojerosa, no parecía sentirse mucho mejor.

Y en cuanto a Donald, diríase que había envejecido años enteros en aquellos últimos meses.

Estaba más delgado, su espalda se encorvaba ligeramente y sus ojos parecían hundidos dentro de las órbitas. Del ranchero fuerte y alegre que había sido antes ya casi apenas quedaba nada. Un sordo dolor, una oculta pena, le reconcomían.

En estos momentos, mientras a lo lejos se recortaban unos puntitos que eran los hombres del *sheriff* con el prisionero, Donald, encerrado con su mujer e hija en aquel salón donde nadie podía entrar sin permiso, susurraba lentamente:

—Yira, ha llegado el momento de tomar una decisión.

Ésta sollozó, haciendo un esfuerzo terrible para que las lágrimas no llegaran a brotar de sus ojos.

Tenía el rostro más bonito que nunca, pues la situación especial en que se encontraba aún favorecía su belleza. Pero bastaba mirarla para darse cuenta de que algo anormal y terrible había sucedido en ella.

Su padre resumió la situación preguntando con dulzura:

—¿Cuándo esperas el hijo?

—Es cosa de…, de pocos días.

Donald, con las manos a la espalda, dio unos lentos paseos por la habitación, sin mirar a ninguna parte.

—Debí haber matado a Mayne —susurró—. Debí haberle matado como a un perro cuando tú me explicaste lo que había sucedido.

—Hiciste bien en no matarle —susurró la madre.

—¿Que hice bien? —rugió Donald, volviéndose—. ¿Sabes tú cómo se paga en el Oeste lo que él hizo?

—De un modo u otro —susurró la mujer con una extraña serenidad—, hubiera sido un crimen matarlo. El es el padre del que dentro de muy pocos días va a convertirse en tu nieto.

—Lo que ocurre es que hasta el último momento tú has tenido esperanzas de que se arreglaran las cosas —dijo Donald, volviéndose—. Hasta hoy has estado pensando que él se iba a casar con Yira.

Fue Yira, muy pálida, la que musitó:

—Pero yo no le hubiese admitido.

—¿Que no le hubieses admitido? —preguntó su madre, asombrada—. ¿Sabes que ese matrimonio hubiera significado tener un legítimo padre para tu hijo?

—Después de lo que hizo, yo no volveré a mirarle más —musitó Yira con una extraña firmeza.

En su pálido rostro, demacrado por la incertidumbre y el largo encierro, había, sin embargo, una firmeza y una decisión que impresionaron al hombre.

—Tal vez sea mejor así —dijo roncamente—. En el fondo es mejor que un canalla como él no tenga ninguna clase de derechos sobre ese pobre inocente.

—Pero ¿cómo vamos a resolverlo? —sollozó Yira, perdiendo por instantes su forzosa serenidad—. ¿Cómo voy a consentir que vosotros soportéis la vergüenza terrible que todo esto significa?

—No habrá vergüenza —dijo roncamente Donald.

—¿Que no habrá… vergüenza?

—¿Por qué crees que te hemos pedido que estuvieras encerrada en tu habitación durante estos largos meses, sin ver absolutamente

a nadie? —preguntó Donald.

—Pues… para que no se supiese.

—¿Y por qué crees que he pedido exactamente lo mismo a tu madre? —insistió él—. ¿Por qué crees que ella ha estado también encerrada, sin hablar con persona alguna?

—Pues… no sé… Imagino que… para no tener que hacer comentarios con nadie.

Donald se volvió hacia su hija, mientras en los ojos antaño felices parecía flotar una nube de tristeza.

Dijo roncamente:

—Lo he hecho para que todo el mundo crea que es ella la que va a tener el hijo.

Pareció como si hubieran dado un golpe en el rostro de Yira. De repente, la muchacha se tambaleó. Su rostro palideció aún más, y sus ojos se cerraron. Tuvo que buscar a tientas una silla para dejarse caer en ella.

—Eso —balbució—, es absurdo…

—¿Por qué ha de serlo?

—Por…, por todo… ¿Qué voy a decir? Es algo que salta a la vista, que no necesita explicación.

—Nosotros somos jóvenes —aclaró Donald roncamente—. En realidad, tu madre iba ya a tener un hijo cuando fue a ver al médico a Albuquerque y aquello sucedió. Simplemente, hemos hecho saber a todas nuestras amistades que no había ocurrido nada, que el hijo que esperábamos seguía su curso. Ahora le habrá llegado el momento de nacer.

—Pero…

—Nadie necesita enterarse —dijo Donald—. Sólo un par de criadas de confianza, que ayudarán en el momento preciso. Eso será todo.

Yira bajó los ojos al suelo.

Por un lado aquella decisión, aquel sacrificio de sus padres, la llenaba de tranquilidad, porque salvaba su buen nombre. Pero, por otro, parecía como si le arrancasen algo muy íntimo, muy sagrado, de dentro de ella misma. Era como si aquel hijo que era suyo, que durante nueve meses había sentido formando parte de sus entrañas, hubiese sido puesto en venta. Aunque era su propia madre la que lo haría suyo, Yira sentía como si algo se desgarrase en el fondo

mismo de su vida.

Pero no podía oponerse. No era sólo su honra, sino también la de sus padres. Bastante hacían ellos al someterse a aquella prueba con tal de salvar su dignidad.

Con un susurro, accedió:

—Estoy conforme con todo lo que hagáis.

Su padre se acercó a ella y le puso una mano en la espalda, mientras el cuerpo de Yira era estremecido por los sollozos.

En aquel momento el prisionero y los hombres que lo custodiaban llegaron a la puerta principal del rancho.

Donald salió al patio al saber que era el *sheriff* de Albuquerque quien preguntaba por él.

Antes dijo a su esposa y a su hija:

—Vais a salir discretamente por la parte posterior del rancho, yendo a la cabaña C. Allí encontraréis a dos sirvientas que se han de ocupar de todo. Cristóbal os espera ya en un coche cubierto. No quiero que eso ocurra en el rancho por si hay alguna indiscreción. En la cabaña tendréis todo lo necesario: yo iré allí muy poco después.

La cabaña C era uno de los puestos donde los rancheros dormían en las épocas de marcar y reunir el ganado, y era confortable y sólida, como todo lo que pertenecía al rancho.

—Bien —dijo su esposa.

Yira, en silencio, asintió también.

Luego, Donald salió al patio y entrecerró los ojos al ver al hombre a quien traían preso.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? —preguntó.

—Poca cosa, señor Donald. Una simple comprobación rutinaria para que el juez no tenga dudas. ¿Reconoce usted a este tipo?

Donald vaciló, no deseando comprometer a Logan, pero éste le animó con una sonrisa.

—Ya puede decir la verdad, amigo. Les pedí que no me trajeran, pero el *sheriff* quiere lucirse.

El de la estrella rechinó los dientes.

—¿Lo reconoce, Donald? ¿Es el pistolero Logan?

—Sí.

—Pues ya basta.

—¿No quiere tomar un trago? —preguntó Donald—. El viaje es

largo y pesado; una copa les sentará bien, y no creo que por eso se les vaya a escapar el prisionero.

El *sheriff* sonrió:

—Con mucho gusto, pero a éste no le podemos soltar las manos. No sabe lo peligroso que es.

—Siempre se exagera —dijo Donald—. Si fuera tan peligroso, no le habrían cazado con esa facilidad.

El *sheriff* mostró su mano atravesada, la cual llevaba ya cubierta por un grueso vendaje.

—¿Llama facilidad a esto?

—Pero no ha habido ningún muerto —dijo Logan—. Yo creo que nunca han cazado en Albuquerque a un pájaro tan tonto como yo.

Donald hizo un amplio gesto con los brazos.

—Bueno, amigos, de todos modos entren a tomar una copa. El polvo del camino se le mete a uno hasta los huesos. ¿Y qué va a ocurrir con este hombre en cuanto lo juzguen?

—No lo sabemos, porque el juicio tendrá lugar en Denver, donde está reclamado. Pero lo más seguro es que una condena a muerte. ¿Sabe a cuántos fulanos ha eliminado este buitre?

¿Logan hizo?

—Ujú.

—¡Tú cállate, carroña!

Logan fue a revolverse, pero los guardianes lo mantuvieron quieto a la fuerza. Al entrar en la casa, el *sheriff* susurró:

—Hace usted mala cara, Donald. ¿Ha estado enfermo? Además, no se le ha visto últimamente por ninguna parte.

—Cierto; no me he sentido nada bien.

—¿Y su esposa y su hija? ¿Es que han atrapado todos la misma enfermedad y por eso no salían del rancho?

Donald rió de mala gana.

—Ya sabe que mi esposa tuvo un accidente.

—Oh, sí… ¿Y se siente mejor?

—Según como se mire, porque de un momento a otro está esperando un hijo.

Donald dijo aquello sin darse cuenta de la mirada de incredulidad que por unos instantes había brillado en los ojos del preso.

Pero ya estaban dentro del lujoso vestíbulo y ya el *sheriff* no

hacía más preguntas. Donald preparó unas copas y sirvió en ellas generosas raciones del mejor *whisky*.

—A su salud, amigos.

—Yo no puedo brindar —dijo Logan.

—¿Por qué no le desatan las manos? —sugirió Donald—. No creo que vaya a escaparse si le están encañonando.

—No resultaría prudente. —Bueno, como quieran…

Al fin, el *sheriff*, después de tragarse cuatro raciones de *whisky*, empezó a sentirse benévolo, el tío, y decidió que Logan tenía derecho a brindar también.

—Al fin y al cabo no es tan mal chico —gruñó—. Pudo haberme matado y no lo hizo. Vamos, soltadle y que se atice también unos tragos de este *whisky*. Cuando le ahorquen ya no podrá con él.

Logan fue desatado y se frotó las manos con cansancio.

Luego aceptó la copa que Donald le tendía.

—Por muchos años de vida —dijo éste.

—Más valdrá que brindemos por muchos años de cárcel.

Bebieron en silencio.

Después, Logan extrajo un abultado fajo de billetes de uno de los bolsillos de su camisa y lo tendió al *sheriff*.

—Tome, amigo, deposite esto.

—¿Para qué?

—Es el dinero que yo traía para pagar las reses. Más valdrá que usted lo tenga cuando vengan a reclamarlo.

—Ya me lo darás cuando lleguemos a Albuquerque, ¿no?

—Es que allí… no podrá ser.

—¿Por qué?

En verdad, la respuesta era muy sencilla: Porque Logan sabía que no iba a tener ninguna otra oportunidad fuera de aquélla. Quizá se dejara la piel en el intento, pero, al menos, había que probar fortuna.

Gritó:

—¡Por esto!

La copa, que aún contenía una buena dosis de licor, fue arrojada a la cara del representante de la ley. Éste se llevó las manos a los ojos, instintivamente, mientras lanzaba una maldición. Logan movió la pierna, con una velocidad de pesadilla, y golpeó con la puntera de la bota el revólver que más directamente le estaba apuntando. El

arma saltó por los aires mientras su dueño se encogía.

Logan se lanzó como un ciclón hacia una de las ventanas, que saltó hechas astillas bajo el impulso de su cuerpo. Los guardianes saltaron hacia delante todos a la vez.

Fue ése el momento en que Donald cayó mientras lanzaba una imprecación:

—¡Maldito bastardo…!

Hizo como si fuera a perseguir a Logan y resbalara al dar el primer paso. Su treta resultó muy hábil, tanto que todos los guardianes chocaron con él y rodaron por el suelo en confuso montón, lanzando aullidos y maldiciones. Aquello permitió a Logan ganar unos segundos preciosos, mientras corría frenéticamente hacia uno de los apartaderos donde estaban los caballos de pura raza.

No se equivocó al elegir.

Saltó sobre la valla y, desde allí, sobre el lomo de uno de los corceles, un precioso albino de tres años que debía estar en las primeras fases de la doma. El animal rebrincó al sentirse montado de aquella manera y, excitado por las espuelas de Logan, saltó la valla. En aquel momento, tambaleándose aún, saltaban por la ventana los guardianes y el *sheriff*.

—¡Cuidado! —gritó Donald—. ¡No maten a mi caballo! ¡Es un ejemplar único y que ha costado una fortuna!

El *sheriff* no se atrevió a dar la orden de abrir fuego.

—¡A los caballos! —gritó.

Pero los animales que les habían traído hasta allí estaban cansados, razón por la cual los había desdeñado intencionadamente Logan. Cinco minutos después de galopar el *sheriff* se dio cuenta de que nunca alcanzarían al ágil caballo del fugitivo.

—¡Fuego! —aulló.

Los revólveres crepitaron, pero la distancia era casi de cuatrocientas yardas y resultaba muy difícil que las balas dieran en el blanco. Logan, montado al estilo indio, dejaba correr libremente su caballo sin riendas. El albino, excitado por los disparos y por la salvaje sensación de libertad, se comía las millas como un meteoro. Bastaron diez minutos para que sus perseguidores le perdieran de vista.

Logan aprovechó entonces para despistarles yendo por el cauce

de un riachuelo. Espesos matojos lo cubrían a la vista de cualquier persona que le siguiera. Quince minutos más tarde llegó a la feliz conclusión de que había despistado a sus perseguidores por completo.

Pero estaba solo y sin armas. No podía vagar a la desesperada hasta que dieran con él.

Necesitaba hallar algún sitio donde cobijarse mientras le buscaban bien lejos.

Fue entonces cuando vio aquella cabaña.

Estaba construida con sólidos troncos, tenía un buen techo y en la puerta estaba pintada en color rojo la letra C.

Logan detuvo el caballo, que se lo agradeció, porque después de la veloz carrera ya había perdido el resuello.

Reinaba allí el silencio, un quieto y tranquilizador silencio que iba calmando los nervios poco a poco.

Y de pronto, aquel silencio fue roto por algo.

El llanto de un niño.

Logan tragó saliva.

Diablos, él no entendía mucho de aquello, pero hubiese jurado que aquel llanto era de un recién nacido.

Dudó si entrar o no, pero, al fin, se dijo que no podía elegir. Si en la casa había un niño, tanto mejor. Así no le buscarían.

Descendió del caballo, al que espantó con un golpe en las ancas para que escapara de allí, y empujó la puerta.

Dos viejas criadas mexicanas que llevaban jofainas de agua caliente le miraron como a un aparecido.

—¿Qué quiere usted, señor?

—¿A qué viene?

Logan trató de sonreír mostrando sus caderas.

—No teman, no llevo armas.

—No se trata de eso, señor. Nadie puede entrar sin permiso aquí. Esto pertenece al rancho Donald.

—Lo sé. Sólo pido pasar la noche.

—Eso es impo…

No llegó a terminar la frase. Desde el fondo de una de las tres habitaciones en que se dividía la cabaña, llegó una voz de mujer.

—¿Quién es, Marta?

—Un desconocido, señora.

—Dile que lo siento, pero que no podemos darle hospitalidad.

Logan reconoció perfectamente aquella voz a pesar de los muchos meses transcurridos.

—No se preocupe, señora Donald. Me las compondré solo.

Iba ya a atravesar de nuevo el umbral de la puerta cuando la voz dijo:

—Entre, por favor. Quiero saber quién es.

Logan entró.

Antes de que llegara a penetrar del todo en la habitación, la misma voz dijo:

—Quiero que sea el primero en felicitarme, señor. Acabo de tener un hi…

De pronto la mujer quedó cortada en seco. Vio con ojos desorbitados avanzar al hombre, y le reconoció a pesar de los meses transcurridos. Abrió la boca, volvió a cerrarla y, al fin, rompió en un sollozo.

Estaba en la cama, tapada hasta el cuello, y tenía a su lado un niño acabado de nacer, como si fuera suyo. Logan la miró y lo comprendió todo en un instante. Una oleada de pena subió hasta su garganta, dejándole sin voz durante unos segundos.

Por fin, susurró:

—Felicidades, señora Donald.

Ella abrió los ojos, mirándole temblorosamente.

—Pero ¿usted no sabe que…?

—Lo que yo sepa no importa. Yo sólo digo que la felicito sinceramente, señora Donald, y eso es lo mismo que diré a todo el mundo.

—Gracias, señor…

—Logan. Me llamo Logan.

—¿Dónde he visto yo ese nombre?

—En los pasquines, seguro.

Logan rió amigablemente y preguntó:

—¿Dónde está su hija? ¿Necesita algo?

—No. Gracias a Dios todo ha ido muy bien.

—Pues no tema en absoluto. Por mí nadie sabrá nada.

Ella sacó una mano fuera del embozo y buscó la del hombre para estrechársela con fuerza.

—¿Sabe? Celebro que haya venido casualmente por aquí, señor

Logan. Me siento más reconfortada.

—No voy a quedarme, señora. Podría avergonzar a su hija si ella llegase a verme. Lo mejor es que no nos conozcamos jamás.

Pero debía estar escrito que Logan tendría que conocer a Yira, que acababa de ser madre en secreto.

Porque cuando iba a dar media vuelta para marcharse, retumbó junto a la puerta de la casa el golpear de los cascos de, al menos, media docena de caballos lanzados a galope.

CAPÍTULO VII

Lo primero que Logan pensó fue: «Me he pasado de listo, diablos. Los gorilas del *sheriff* han seguido mi pista y ahora me tienen en una buena ratonera. No podré escapar».

En realidad, no podría ni defenderse. Aunque tuviese un arma tampoco la emplearía, porque ello hubiera significado poner en peligro la vida de varias mujeres y un niño.

Rechinó los dientes mientras se ponía intensamente pálido. Había sido el tipo más idiota que jamás puso los pies en el Sudoeste. Merecería que lo emplumasen antes de colgarlo.

Pero enseguida se dio cuenta de que los recién llegados no podían ser los hombres del *sheriff*, porque no tomaban ninguna precaución. Descendieron ante la casa tranquilamente y se les oyó avanzar hacia la puerta.

Ésta se abrió, y un tipo bien vestido, que llevaba elegantes ropas vaqueras, entró en la casa.

Logan le vio desde el umbral de la habitación. Sus facciones se tensaron mientras instintivamente se llevaba las manos a unas caderas donde ya no lucía armas. El recién llegado era Mayne.

Mayne avanzó poco a poco, mientras cinco hombres bien armados aguardaban en el umbral. Achicó los ojos al ver a Logan, como si no le reconociese.

—¡Diablos! —Gruñó al cabo de unos instantes—. ¡Pero si es mi amigo! ¿Qué inflemos ocurre que siempre le encuentro donde más me estorba?

—Debe ser cosa del destino —dijo Logan lentamente, masticando las palabras—. Y ahora —tenga la bondad de informarme, milord. Se lo voy a pedir delicadamente: ¿A qué ha

venido aquí?

A Mayne le hizo gracia aquella osadía de un hombre que no llevaba armas. Lanzó una carcajada.

—¿Quiere saberlo?

—Claro que sí, milord.

—Pues he venido a conocer a mi hijo.

De la única habitación donde no había entrado Logan brotó un gemido. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquel gemido acababa de lanzarlo la verdadera madre.

—Supongo que todo lo que aquí acaba de suceder ha sido secreto —dijo Logan sin un titubeo—. ¿Puedo saber cómo se ha enterado de las cosas tan pronto, milord?

—¡Oh, no hay inconveniente en decírselo! Lo hemos sabido por Cristóbal, el cochero que ha traído aquí a estas dos mujeres.

Tambaleándose, Yira salió en aquellos momentos de la habitación apoyándose en una jamba de la puerta.

Logan, que no la había visto de cerca jamás, sintió que temblaban sus párpados al contemplarla.

A pesar del trance por el que acababa de pasar, Yira conservaba toda su belleza. Una belleza pálida, herida si se quiere pero aún con toda la pujanza de su maravillosa juventud. Y había en su rostro una huella dramática, dolorosa, lacerante, que movía al respeto. Viendo aquella máscara de dolor, uno llegaba a olvidarse de que estaba ante una mujer hermosa.

Pero Mayne, por lo visto, no lo olvidó.

—Estás muy bonita —dijo con voz pastosa.

—¿Qué habéis hecho con Cristóbal? ¿Qué…? —preguntó ella con voz angustiada, sin darse cuenta de las miradas con que Mayne y sus hombres recorrían su cuerpo—. Se ha puesto tonto después de hablar, y ha habido que matarlo.

—¡Dios mío…!

El sollozo de la mujer partió como un grito de agonía, brotó como la sangre brota de una herida lacerante.

—Cristóbal me había llevado a la pila bautismal… —susurró—. Él era como…, como… —No hay que hacer aspavientos, nena— dijo uno de los tipos que aguardaba en el umbral. —Al fin y al cabo no era más que un viejo. Ya le quedaba bien poco.

Mayne dijo secamente:

—Calla, idiota.

Y se volvió hacia Logan para mirarle a los ojos. Por lo visto, la luz negra que vio en el fondo de éstos no le impresionó.

—Y ahora, amigo —preguntó lentamente—, ¿prefieres largarte con el rabo entre piernas o prefieres que te mate aquí mismo?

—Antes quiero saber qué pretendes hacer con ese niño.

—Extraña curiosidad la tuya. ¿No eres un pistolero? ¿Por qué te interesan los niños?

—Cosas que le ocurren a uno.

—Pues si quieres saber eso, te lo diré. Quiero a mi hijo para llevarlo a mi rancho, nada menos que al poderoso rancho Mayne. ¿Es que te parece mal?

—¿Para qué quieres llevarlo allí? —sollozó Yira, a punto de desplomarse en el umbral de la puerta.

—Una decisión de mi padre. Se ha enterado de que tengo demasiadas aventuras por ahí, y me desheredará si no me caso. Una imbecilidad como tantas otras, pero me juego varios millones de dólares en el negocio. He de enseñarle al niño, antes de que él vaya al notario para variar el testamento. He tenido mucha suerte con que ese pequeñajo naciera precisamente hoy.

Yira dijo temblorosamente:

—No te lo llevarás.

—¿Ah, no?

—Y aunque te lo llevaras no te serviría de nada.

—¿Por qué?

—Porque no sería bastante. Le podrías enseñar a tu hijo, pero no a tu mujer. Eso no podrías.

Mayne sonrió con cansancio.

—Bueno, preciosa, he venido a hacerte un favor y encima me sales con ésas. Lo que sois las mujeres… Me casaré contigo hoy mismo. ¿A qué vienen tantos remilgos?

Los ojos claros, limpios de Yira, le miraron como a través de una distancia infinita.

—Ahora te acuerdas de mí ¿verdad? Ahora, cuando, deshecha de todo, te hago falta para un negocio…

—Ya lo dice un refrán, nena. Más vale tarde que nunca.

—Pero yo no iré contigo. No quiero casarme con un hombre como tú, Mayne. Ni aun deshonrada para toda la vida, quiero que

tú me salves. Ni aunque estuviera en una tumba querría que tú me sacases de ella.

Mayne rechinó los dientes.

No estaba acostumbrado a que las mujeres le despreciasen, y mucho menos una mujer vencida.

Lanzó un gruñido ininteligible, mientras la rabia deformaba sus facciones. Dio un salto, cayó sobre la mujer y la abofeteó dos veces.

Ella se desplomó en tierra sollozando.

La reacción de Logan fue instantánea.

No pensó ni por un momento que le estaban apuntando desde la puerta y que iba a ser muy sencillo acabar con él. Sólo pensó que habían ofendido a una mujer en su presencia, y, además, a una mujer que acababa de ser madre.

Saltó sobre Mayne.

En aquel momento, uno de los tipos que estaban en la puerta hizo fuego. La primera bala sólo rozó a Logan, y la segunda no llegó a brotar porque un segundo más tarde, Logan y Mayne formaban un confuso montón rodando por el suelo. Cualquiera que hubiese tirado sobre uno de ellos hubiera corrido el riesgo de matar al otro.

Logan estaba tan rabioso, tan fuera de sí, que con dos terribles golpes al cuello lo dejó fuera de combate. Mayne quedó babeando en tierra, con los ojos desorbitados y una horrible sensación de que acababan de dejarle colgando de una horca.

Pero, demasiado tarde, Logan se dio cuenta de que había hecho mal.

Lo mejor hubiera sido emplear a Mayne como parapeto para salir de allí. Ahora, con aquel tipo revolcándose por tierra, estaba a merced de los revólveres de sus pistoleros.

Matarle iba a ser para ellos tan sencillo como liquidar a un caballo cojo.

El mismo que había disparado antes le apuntó a la frente.

Logan escupió.

—¡Noooo! —gritó Yira desde tierra. Y aquel grito de angustia pareció crear una obsesión entre las paredes de la casa.

—No te preocupes, muchacha —dijo suavemente Logan—. Tengo curiosidad por saber si a esa distancia el fulano ese acierta.

Y lanzó una carcajada de burla que crispó los nervios del pistolero, quien cerró el dedo sobre el gatillo.

—¡No tires! —aulló Mayne desde el suelo, recuperándose en parte—. ¡A ese tipo lo quiero vivo! ¡Vivo y con la lengua bien entera, maldita sea!

Logan se puso en pie.

—Mejor. Así podré decirte hasta el último momento todo lo que pienso de ti, sucio bastardo.

Mayne, que se sentía más reanimado a causa de su propio furor, se puso en pie también y fue a lanzarse sobre Logan, pensando que éste no se atrevería a moverse. Pero Logan lo daba todo por perdido ya. Levantó la pierna derecha y la clavó en él estómago de Mayne, que se dobló transido de dolor mientras lanzaba un grito. Luego los dos puños del joven se movieron al compás con rapidez alucinante.

Mayne recibió los dos impactos en el mentón y cayó hacia atrás, mientras barbotaba maldiciones mezcladas con su propia sangre.

Sus pistoleros, confusos, no se atrevían a disparar, esperando órdenes. Logan aprovechó el momento.

Movió la pierna derecha otra vez y luego la izquierda Aquello parecía un compás de baile para todo el mundo menos para Mayne, que lanzó un doble aullido de dolor, al sentir cómo las punteras de las botas le hacían saltar los dientes.

Sus pistoleros no aguardaron más.

Tres de ellos saltaron a la vez sobre Logan, aferrándole rabiosamente. Logan derribó a dos de ellos con una simple torsión de su cuerpo, pero, en cambio, fue cazado en la mandíbula por un doble gancho del tercero. Se tambaleó unos segundos, lo cual fue suficiente para que otro de los hombres de Mayne le golpeara detrás de las rodillas. Aquello le hizo perder el equilibrio por completo y le obligó a caer hacia atrás, aunque aún intentó cazar con los puños a su enemigo, sin conseguirlo.

Como lobos, se arrojaron todos sobre él.

Logan intentó cubrirse, pero fue inútil. Las botas de sus enemigos buscaron sabiamente sus flancos, y el castigo implacable le dejó deshecho en menos de diez segundos. Tuvo que morderse los labios para no aullar de dolor cuando las punteras de las botas parecieron atravesar sus costillas, destrozándoselas. Pero eso no fue lo peor, sino los golpes al hígado. Los golpes al hígado le dejaron tan sin fuerzas que comprendió que ya no podría levantarse en varios minutos. Estaba perdido.

Y esta vez, Mayne calló.

Permitió que sus hombres le castigaran a placer mientras Yira, caída en el suelo, sollozaba:

—¡Dios mío! ¡Dejadle! ¡Dejadle…!

Logan aún tuvo tiempo de decir rudamente:

—No me gusta que las mujeres supliquen por mí. ¡Cállate de una condenada vez…!

Los hombres de Mayne le pusieron en pie.

Fue el propio Mayne, con los labios partidos y los dientes rotos, el que le aplicó la segunda parte del castigo.

Le empezó a golpear con saña en las cejas y en los ojos, buscando dejarle ciego con su propia sangre. Logan resistió con paciencia la primera parte de la sesión, esperando que su enemigo se acercara un poco más. Entonces, como tenía las rodillas libres, levantó la izquierda y la clavó en el bajo vientre de Mayne. Éste empezó a aullar, retorciéndose como un loco, y cuando las rodillas le fallaron cayó pesadamente a tierra.

—Nunca creíste que fuera a resistir tanto, ¿verdad? —preguntó burlonamente Logan—. Pues todavía no estoy maduro, amigo. Puedes empezar la segunda parte. Mi padre, para entretenerse, me atizaba mucho más.

En realidad, estaba deshecho, pero no quería dar a su enemigo la satisfacción de que le viera vencido a sus pies.

Mayne masculló:

—¡Matadlo! ¡Matadlo de una vez! ¡Haced que se ahogue en el río poco a poco!

Logan fue sacado al exterior.

Cerca de la casa corría el riachuelo por donde antes había pasado él para no dejar huellas. Comprendió que se entretendrían en ahogarle allí poco a poco y que harían durar el suplicio cinco, diez minutos quizá, sacándole la cabeza del agua y volviendo a metérsela.

En realidad, se alegró de que le sacaran de la casa, porque así alejaba el peligro de Yira y del niño que acababa de nacer.

Entre tres hombres lo arrastraron hasta el borde mismo del riachuelo, y una vez allí lo arrojaron a tierra.

—¡Vamos a hacerte durar hasta que pidas a gritos que te rematemos!

—¡Te arrastrarás a los pies del patrón!

—¡Bebe, canalla!

La cabeza de Logan fue introducida a la fuerza en el riachuelo. Se la sacaron cuando ya estaba asfixiándose de tanto contener la respiración, y enseguida volvieron a empujarla hacia abajo.

—¡Bebe!

—¿No está buena el agua?

—¿O prefieres un río de *whisky*?

Logan no había pensado ni por un momento dejarse matar así, sin presentar batalla. Esperó a que le chapuzaran cuatro veces y entonces dejó de ofrecer resistencia. Sus miembros quedaron flojos, inertes, como si hubiera perdido el conocimiento.

Dentro se oía llorar a Yira, señal evidente de que Mayne la estaba maltratando o pretendía llevarse por la fuerza a su hijo.

Uno de los pistoleros mascculló:

—Se nos ha derretido, el tío.

—Creí que tendría más aguante.

—¿Lo dejamos descansar un momento, para que se de cuenta de todo?

Aquellos segundos de conciliábulo fueron aprovechados por Logan para inspirar fuertemente, tragando todo el aire que sus pulmones pudieron absorber, y de pronto se revolvió como un gato poniendo todos los músculos en juego. Los tres hombres que le sujetaban, sorprendidos, vacilaron un momento. Logan se puso en pie de un salto. Uno de los tipos sacó el revólver.

—¡Perro…!

No llegó a decir más. Logan le clavó la rodilla en la cara y lo envió hacia atrás, hacia el agua, con las facciones aplastadas.

Los otros dos no tuvieron mejor suerte.

Al primero, que se había levantado en parte, Logan le clavó un gancho al pómulo que también lo hizo saltar hacia atrás con un brusco chapoteo. Y en cuanto al tercero, aún le fue peor. Logan no tuvo escrúpulos en mover la pierna hacia atrás y recorrerle con la espuela toda la cara haciéndole lanzar un alarido que debió oírse al otro lado de la frontera.

Llevó la mano al revólver, y Logan se lo hizo saltar de un puntapié. Cuando estaba en el aire, lo aferró con la velocidad de un verdadero

gun-man.

Otro de los hombres de Mayne salía en aquel momento por la puerta, sorprendido al escuchar los gritos.

—¡Condenación…!

No llegó a decir más. Logan hizo fuego una sola vez y le abrió un agujero redondo entre los ojos.

De los otros tres pistoleros, dos iban ya a apretar los gatillos. Logan se dejó caer a tierra, contorsionándose, y empleó con los dos primeros la técnica que le había hecho famoso. Doblar el brazo suavemente, apuntar en posición natural, apretar dos veces el gatillo… Ambos pistoleros se llevaron las manos al corazón, alcanzados mortalmente. De pie en el agua como estaban, chapotearon trágicamente antes de hundirse para toda la eternidad.

El tercero, el que tenía la cara destrozada, gateó para tomar el revólver de uno de los muertos, que había quedado en la orilla. Logan le dejó que lo tocase, pero nada más. Con su última bala le atravesó el cráneo de parte a parte.

Luego corrió hacia aquel muerto y le quitó el arma que aún tenía engarfiada entre sus dedos. Con ella no se había hecho un solo disparo y tenía la carga completa.

Desde el interior de la casa tiraron a matar. La bala restalló en un tronco junto a la cara de Logan, que saltó de costado. Creía recordar vagamente que eran cinco los pistoleros que Mayne había traído consigo, de modo que aún quedaba uno, aparte el propio Mayne.

Corrió hacia la parte posterior de la casa, con la agilidad de un gato montés, sabiendo exactamente lo que ocurriría a continuación.

Estaba tan seguro que no se sorprendió en absoluto cuando la voz de Mayne advirtió:

—¡Entrégate, Logan, maldito, o liquido a las mujeres y al niño! ¡Las estoy apuntando!

La voz de Yira sollozó débilmente, como si llegara desde muy lejos:

—Obedezca. Sé que Mayne es capaz de hacerlo…

Pero Logan no pensaba dejarse cazar como un conejo, ni pensaba permitir tampoco que Mayne disparara contra aquellos seres indefensos. Había visto una claraboya en el techo de la cabaña cuando estuvo en el interior de ésta, y decidió aprovecharla.

Saltando ágilmente sobre una rama baja de un árbol contiguo a la casa, trepó hasta, otra más alta llevando el revólver entre los dientes, y desde aquella rama saltó sobre el tejado, yendo a caer justamente sobre el sitio calculado, o sea, sobre la claraboya.

Mayne gritaba en aquel momento:

—¡Te doy diez segundos para entreg…!

No pudo terminar la frase. Lo que menos esperaba era que aquella especie de ciclón se desplomara sobre su cabeza, entre un estallido de cristales rotos.

Logan cayó sobre él y le derribó al suelo. La bala disparada por Mayne se hundió inútilmente en los troncos de una de las paredes.

El otro pistolero que aún quedaba vivo fue más listo y disparó casi a boca de jarro.

Pero Yira, desde el suelo, se había movido a pesar de su extrema debilidad. Le dio un puntapié tras la rodilla y le hizo vacilar. El proyecto sólo arrancó un pedazo de la camisa de Logan.

Éste movió suavemente la mano derecha.

Tiró dos veces, de una manera maquinal, siguiendo su vieja técnica. Dos puntitos rojos se marcaron a la altura del corazón de su enemigo, que durante unos segundos se bamboleó como si estuviera borracho, antes de caer para siempre.

Mayne, en el suelo, intentó mover el revólver aún, en un desesperado intento. Y Logan disparó dos veces más, pero ahora no fue para atravesar un corazón, sino para perforar salvajemente una mano. Contuvo sus deseos de matar a Mayne porque era el padre del recién nacido y porque tal vez, después de todo, aún quedara un poco de amor hacia él, en el destrozado corazón de Yira. Pero al mirarla se dio cuenta de que no.

No quedaba nada.

Tras el vacío espantoso de aquellos ojos no había amor, no había compasión, no podía existir ya el menor sentimiento.

Era como si Yira hubiese muerto y no reconociera a aquel hombre que pertenecía a otra vida ya olvidada.

Logan enfundó lentamente el revólver, poniéndolo entre la camisa y el pantalón, mientras la miraba.

—Es suyo —susurró.

—¿Y qué quiere que haga con él? —preguntó Yira, tambaleándose—. No sirve ni para dar de comer a los perros. En

cuanto mordieran su carne, se envenenarían.

—Si es así como piensa, le juro que no me costará matarlo, aunque pueda parecer un asesinato. No es usted la única mujer a la que ha destruido para siempre.

—Eso debí haberlo comprendido antes —dijo la muchacha, masticando su propio dolor.

Logan la vio tan joven, tan pura a pesar de todo, que una sorda pena le acometió mezclada con un terrible deseo de matar a Mayne.

Su mano derecha resbaló insensiblemente hacia la culata del revólver, pero se detuvo en el último momento.

—No lo hagas —musitó Yira—. Quizá tiene obligaciones para con aquella otra mujer.

—Por fortuna no —dijo Logan—. He estado trabajando en su rancho el tiempo necesario para convencerme de que ninguna consecuencia tuvo lo que Mayne hizo con ella. Pero en cambio, este perro tiene deberes para contigo, y por eso debe vivir.

Mayne murmujeó desde el suelo, mientras se apretaba la mano derecha destrozada:

—¡Lo pagaréis caro los dos! ¡Mi padre os aplastará como alimañas! ¡Es el ranchero más poderoso de Nuevo México!

—¿Es que vas a contarle lo sucedido? —preguntó Logan con una extraña suavidad.

—Antes de la noche lo sabrá.

—¿Se lo contarás con tu propia boquita, pichón?

—¿Con cuál, entonces?

—Es que me temo que no podrás… ¡sabandija!

La bota derecha de Logan se clavó entre los dientes de Mayne, destrozándoselos. Ahora sí que el rico ganadero no pudo contener su dolor angustioso. Se retorció por el suelo de la cabaña mientras lanzaba alaridos y maldiciones que hicieron apretar los labios a Logan.

—¡Calla o te atizo otra vez!

Mayne calló.

—Siento no poder llevarlo a presencia del *sheriff*, Yira —susurró Logan, evitando mirarla—, pero lo dejaré bien atado a un tronco para que lo encuentre Donald cuando venga. Así no correrán peligro.

—No quisiera ver a mi padre mezclado en esto —musitó Yira—.

Mi padre no ha empleado un revólver ni un cuchillo jamás.

—Lo comprendo.

—Por evitar que viniera hasta aquí, haría… cualquier cosa.

—No tema por él. Mayne ya no ofrece ningún peligro. Y, además, su padre es el que mejor puede ayudarla, Yira. Ella bajó los ojos.

En aquel momento se oyó el golpear de los cascos de un caballo en la lejanía, avanzando al galope hacia la cabaña.

CAPÍTULO VIII

El *sheriff* achicó los ojos y se pasó la mano por la barba, mirando hacia la lejanía.

—No lo entiendo —gruñó.

Sus agentes observaron en silencio la llanura desierta y silenciosa, salpicada aquí y allá de pedregosas colinas. Era tan solitaria que daba la sensación de no haber sido hollada jamás por las pisadas del hombre.

—Hasta aquí hemos seguido las huellas —dijo uno de los agentes.

—Sí, pero luego se ha adentrado por terreno pedregoso, donde no había polvo, y los cascos no han quedado marcados. Haría falta ser algo más que un comanche para seguir ese rastro.

—¿Y más allá?

—Más allá dijo sombríamente el *sheriff* —empieza el riachuelo. Habría sido lo bastante astuto para seguirlo, por supuesto. No encontraremos una huella suya aunque demos siete veces la vuelta a Nuevo México.

—Lo siento, porque la captura de ese hombre era un éxito para todos —dijo otro agente.

—Pero hemos fracasado. Vamos, no hay que perder más tiempo. Regresemos a Albuquerque.

Y el *sheriff* daba ya vuelta a su caballo cuando uno de sus hombres gritó:

—¡Mire!

Como un puntito en la distancia, galopando entre las colinas rocosas, se veía un jinete que se alejaba cada vez más. Al *sheriff* le latió el corazón con fuerza pensando que pudiera ser Logan.

—¡El largavistas, pronto!

Miró a través del catalejo, y vio entonces que no era Logan, sino alguien muy distinto: El ranchero Donald.

—¿Adónde irá? —se preguntó sombríamente—. Ni que le persiguieran cien mil diablos…

Y de pronto una idea pasó por su cerebro, haciéndole enrojecer.

«¿Y si fuera posible que…?».

—Puede que Donald sepa mucho más de lo que aparenta —decidió—. Vamos allá. Hay que seguirle sin que se de cuenta.

Los hombres picaron espuelas silenciosamente.

El sonido de los cascos fue aproximándose a la cabaña, mientras todos los que estaban en ella contenían la respiración.

Yira susurró:

—Puede ser el *sheriff*…

—El *sheriff* no vendría solo, sino acompañado por toda su tropa. Pero puede que hayan enviado alguien a explorar.

—¿Qué piensas hacer? —susurró ella, mientras a sus ojos asomaba una inquietud que la delató, un extraño sentimiento que la dominaba y que hasta entonces jamás se había adueñado de ella con tal intensidad. Pero fue solo un momento.

—Tendré que esperar —musitó Logan—. Si son los hombres del *sheriff* no podré abrir fuego contra ellos.

—¡Aunque lo hicieras te cazarían! —gritó Mayne desde el suelo, mientras se estremecía de placer y de dolor a la vez—. ¡Estás perdido, Logan, maldito perro! ¡Esta vez no esperarán a juzgarte y te colgarán delante de la puerta de esta misma cabaña!

—Antes te mataré, pichón.

Bastaba mirar a los ojos de Logan para comprender que hablaba en serio. Aquellos ojos, precisamente porque no reflejaban ningún sentimiento, eran los de un hombre a quien no importa matar.

Mayne comprendió que si llegaba el *sheriff* se quedaría para siempre allí, inevitablemente.

Y guardó silencio.

Los cascos del caballo resonaban ya casi en la puerta de la casa. Logan salió.

—Diablos… —Su suspiro de alivio fue claramente audible—. Creí que era uno de los exploradores del *sheriff*. Celebro verle, Donald.

El ranchero se apeó del caballo, dirigiendo una asombrada

mirada en torno suyo.

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Qué inflemos es esto?

—Hemos tenido una pequeña discusión con Mayne y con sus hombres. Donald palideció.

—¿Qué ha ocurrido a las dos mujeres? ¿Y a la criatura?

—Nada. Están todos bien. Entre.

Donald suspiró con alivio, a pesar de la visión macabra de los cadáveres, y se retuvo en el umbral al contemplar al retorcido Mayne, que jadeaba en el suelo.

Donald rechinó los dientes.

—Ese perro …

Fue a propinarle un puntapié en plena cara, pero Logan se lo impidió poniéndole suavemente la mano delante del pecho.

—No le atice más. Ha llevado ya su merecido, y con un nuevo golpe podría irse al otro barrio. Es necesario que viva por si su hijo le necesita alguna vez.

—¡No le necesitará jamás! ¡Ya estoy yo para defenderle! ¡No necesitará a ese perro jamás!

—De todos modos, déjelo. Ya ha llevado lo suyo.

Mayne les miraba desde el suelo con ojos extraviados, temiendo que en cualquier momento empezaran a golpes con él. Pero se fue tranquilizando al ver que Logan contenía al ranchero, en lugar de animarle para la paliza.

Se daba cuenta de que el *sheriff* no aparecería por allí y de que estaba a merced de aquellos dos hombres.

Intentó sonreír.

—Bueno, yo no he intentado hacer daño a nadie… —gimoteó—. Yo sólo quería conocer a mi hi…

Donald no pudo contenerse más y, moviendo repentinamente la pierna derecha, le propinó un brutal puntapié con la punta de su bota. Mayne cayó al suelo, mientras de sus labios empezaba a brotar un manantial de sangre.

—Querías conocer al hijo, ¿no? —bramó—. ¿Y no sería mejor que empezases conociendo al abuelo?

Fue a golpearle otra vez, pero Logan lo contuvo.

—Más vale que todo vuelva a la normalidad —susurró—. Usted, su esposa y su hija tienen que regresar al rancho y dar a todo el mundo la buena nueva. Usted debe decir que es padre y celebrar

una gran fiesta. Dentro de un año nadie… —Su voz se quebró extrañamente durante unos segundos—, nadie se acordará de todo esto.

En el tenso silencio que se hizo en la habitación después de estas palabras, se oyó la voz de Yira:

—¿Y tú, Logan? ¿Qué harás?

—Yo tengo que seguir —dijo él suavemente—. Cada vez más lejos, cada vez más hacia el Oeste. Esta tierra no es buena para un tipo como yo.

Yira bajó los ojos.

—Hay un inconveniente, Logan.

—¿Cuál?

—Más vale que digamos la verdad. Mayne está vivo y aún le queda un pedazo de boca para hablar. Explicará en todas partes que ese pequeño es suyo… y mío.

Logan apretó los labios.

—No debe explicarlo, ni tú debes confesar la verdad en este caso, Yira. Aún encontrarás un hombre honesto y que sea digno de ti. Nadie tiene por qué saber lo del hijo.

—Mayne no hablará —dijo roncamente Donald, mientras avanzaba hacia él como si quisiera cerrarle la boca para siempre.

—Déjelo… Si habla, volveré desde cualquier lugar en que me encuentre para cortarle la lengua… Juro que acabaré con él. Pero yo confío en que, a pesar de todo, será en esto un hombre de honor.

Viendo el relampagueo asesino que apareció en los ojos de Mayne cualquiera habría adivinado que el honor era para él lo menos importante del mundo, pero Logan se dijo que había que correr ese riesgo.

—Levántate y vete de aquí, Mayne —susurró—. Estás libre, pero recuerda que no debes acercarte a Yira nunca más. Y si te vas de la lengua te la cortaré con un pedazo de plomo. Ésa es mi palabra.

Mayne, tambaleándose, se puso en pie.

—¿De veras… estoy libre?

—Lárgate de aquí antes de que nos arrepintamos.

—¡Pero necesito mostrar al niño! ¡Mi padre me desheredará!

—¡Lárgate!

Logan había apoyado la mano derecha en la culata. Mayne comprendió que era mejor perder la herencia que perder la piel, y

avanzó dando bandazos hacia la puerta.

Pero no llegó a atravesarla del todo.

Iba a poner los pies en el umbral cuando una bala de rifle llegó aullando desde la lejanía y se clavó en los troncos de la cabaña, por encima de su cabeza.

Inmediatamente, varios jinetes avanzaron a galope desde la colina.

CAPÍTULO IX

Los hombres del *sheriff* hicieron un par de disparos más, a modo de aviso, clavando los proyectiles en el tronco del dintel de la puerta.

Mayne se dio cuenta de lo que aquello significaba, y lanzó un grito de júbilo.

Logan palideció.

A través de la puerta había visto a los jinetes descendiendo ya de la colina pedregosa. Pronto atravesarían el riachuelo y llegarían hasta allí. Tres minutos o cuatro mediaban entre ellos y la cabaña. No tenía tiempo material ni para huir.

Aquello era el fin.

Mayne corrió hacia el *sheriff* y se colgó casi de la brida de su caballo, poniéndose medio de rodillas ante él.

—¡Tiene que ayudarme, *sheriff*! ¡Es ese maldito Logan, el reclamado! ¡Ha matado a todos mis hombres e iba a asesinarme a mí también! ¡Si no llega a venir usted me destroza! ¡Ayúdeme…!

Cuando los jinetes se detuvieron ante la casa, Mayne aullaba como un cobarde.

El *sheriff* descendió del caballo pausadamente y contempló los cadáveres que estaban esparcidos en torno.

Miró también a Donald, que acababa de salir a la puerta junto al pistolero.

—¿Qué hace usted aquí? —susurró el de la estrella—. ¿Qué hace junto a un forajido el ranchero más rico de la comarca?

Donald escupió de costado.

—Quería que me enseñase a rezar…

—¡Basta! —aulló el *sheriff*—. ¡Desde el primer momento ha sabido usted demasiadas cosas, Donald! ¡Me ha estado engañando como a un chino para proteger a ese granuja, pero ahora se ha

terminado la comedia! ¡Va a comparecer ante el juez para explicar sus actos!

Donald, como si la cosa no fuera con él, sonrió negligentemente apoyado en el quicio de la puerta.

—Por haberle mentido no pueden ocurrirme demasiadas cosas, *sheriff*. ¿No se ha dado cuenta de que a usted todo el mundo le engaña? Pero ¿qué va a hacer con Logan?

—Ya nos ha dado demasiada guerra. Habrá que seguir la vieja ley del Oeste de colgar primero a un fulano y dar explicaciones después. Ahorcaremos a este reclamado. ¡Hay que matar a Logan de una maldita vez!

Mayne se colgó casi del hombro del *sheriff*, babeando de entusiasmo.

—Sí, amigo mío… ¡Ahórquelo! ¡Yo soy testigo de todo lo que ha hecho! ¡Yo declararé ante el juez! ¡No tendrá ninguna clase de compromisos, *sheriff*, pero ahórquelo de una maldita vez!

El representante de la ley miró a sus hombres. Todos seguían montados a caballo, tenían las manos puestas sobre las culatas y se hallaban dispuestos a la acción.

—Una cuerda… —pidió.

Logan no se movió siquiera. Sus ojos estaban como perdidos en la más remota lejanía. Diríase que en aquellos momentos desfilaba por sus recuerdos, como en una vieja serie de fotografías, toda su vida pasada.

Uno de los jinetes se adelantó y descolgó con movimientos pausados la soga que llevaba prendida de la silla.

—Ahí tiene, *sheriff*.

Había dos altos árboles junto a la casa, muy cerca del riachuelo. El *sheriff* ofreció:

—Elige tú, pistolero.

—¡Déjeme colgarlo a mí! —Babeó Mayne—. ¡Deje que lo ejecute, *sheriff*! ¡Sé hacerlo! El de la estrella escupió a sus pies.

—Calla, gusano.

Con la cuerda entre las manos avanzó hacia Logan. Éste seguía sin moverse, con una mirada perdida en los ojos.

—¡Defiéndete! —aulló Yira—. ¡Por Dios, defiéndete!

Logan volvió suavemente la cabeza hacia ella, moviéndose entonces por primera vez. —No te preocupes, muchacha. Todas las

cosas terminan alguna vez, y esto es el fin para mí. No valdría la pena defenderme en esta situación. Sólo te pido… Tragó saliva antes de añadir:

—Sólo te pido que nunca dejes al pequeño tocar un revólver.

El *sheriff* gruñó:

—Bueno, basta de despedidas. Estamos perdiendo el tiempo. ¿Qué árbol eliges?

—¿Para qué molestarse? —susurró Logan.

Se encogió de hombros y echó a andar hacia el que estaba más cerca.

CONCLUSION

Logan se situó bajo el árbol. El *sheriff* acercó por la brida su propio caballo.

—Monta en él y luego te colocaremos la cuerda. Te prometo que no vas a sufrir.

—Siempre me han dicho que los ahorcados pierden el sentido muy pronto —musitó Logan—, pero eso no lo ha contado nadie que haya pasado por el trago. Ahora lo voy a saber.

—Sí. Vale la pena que a uno le cuelguen para aprender cosas —dijo el *sheriff*, en un rapto de lúgubre humor.

Logan montó a caballo. Por detrás, uno de los jinetes le ató las manos a la espalda, mientras un segundo le ceñía el lazo, pasando la cuerda por encima de una rama y atando el extremo libre al grueso tronco del árbol.

Logan cerró los ojos.

No había querido matar a ningún representante de la ley ni siquiera para defender su propia vida. No había querido acabar en medio de un baño de sangre. Puesto que, al fin y al cabo, hay que dejarse la piel en algún sitio, era mejor así.

Ni siquiera quiso oír los gritos de Yira, que, todavía débil y vacilante, se había arrastrado hacia la puerta.

—¡No le matéis! ¡No podéis hacer eso con él, sin darle una oportunidad! ¡No le matéis…!

De bruces en el suelo, arañando la tierra, gimió:

—Le quiero… Le quiero…

La voz parecía llegar desde muy lejos, desde una distancia infinita. Logan, con los ojos cerrados, pensó con amargura en aquel minuto, en aquel último y desesperado minuto cuando descubría al mismo tiempo lo que es el más sublime amor y lo que es la más

rastrera muerte.

—¡Suelten el caballo! —gritó—. ¡Acaben de una maldita vez!

Mayne, personalmente, rojo de placer, fue a dar el golpe en las ancas del animal, para que éste arrancase dejando colgado al jinete. Pero en ese momento ocurrió algo que nadie esperaba.

Donald, el pacífico ranchero Donald, se inclinó para recoger el revólver de uno de los muertos. Casi sin apuntar, de una manera mecánica, dobló suavemente el codo y disparó dos veces. La cuerda que ceñía el cuello de Logan saltó en dos pedazos, mientras el caballo se encabritaba haciendo caer al condenado.

El *sheriff* aulló:

—¡Loco…!

Fue a sacar su revólver derecho, pero Donald disparó dos veces más. Lo hizo doblando el codo suavemente y también de una manera casi mecánica. El revólver del representante de la ley saltó hecho pedazos.

—Si alguien se mueve tiraré a matar… —Silabeó Donald lentamente—. Este revólver no había sido disparado y aún quedan dos balas en él. Hay bastante para los dos primeros que quieran probar fortuna.

Todos permanecieron atónitos, rígidos, sin comprender bien lo que ocurría. Pero el más atónito era el *sheriff*. Aquel modo de disparar… ¡Aquel modo de disparar correspondía a la diabólica técnica del propio Logan!

—Suelten a ese hombre —ordenó el ranchero—. ¡Y pronto!

Uno de los hombres obedeció. Desató las manos de Logan, sin darse cuenta de que Mayne, viendo que se le escapaba la presa, se movía a su espalda con la rapidez de una serpiente.

Antes de que Logan hubiera podido apoderarse de un revólver, Mayne había levantado el de uno de los muertos. Fue a tirar con él contra Logan, mientras apretaba los dientes.

—¡Cuidado!

El grito partió de Yira, que continuaba en tierra. Donald, su padre, movió el brazo una sola vez, y su dedo presionó el gatillo. Dos plomos saltaron directamente al corazón de Mayne, atravesándolo casi por el mismo punto.

Mayne se llevó ambas manos al pecho, gritando, y cayó pesadamente a tierra, mientras sus dedos se teñían de rojo.

Yira se cubrió los ojos, exhalando un gemido.

Pero el más asombrado fue el *sheriff*. La boca de asombro más redonda y más abierta correspondió al representante de la ley, quien musitó:

—Pero…, ¡pero si usted tira como Logan! ¡Parecen padre e hijo!

—Padre e hijo no, pero sí maestro y discípulo —dijo Donald mientras bajaba el revólver pesadamente—. Yo enseñé a ese muchacho a disparar… hace muchos años. El ya no lo recuerda, y casi ya no lo recordaba yo. Fue un secreto que quise guardar ante mi mujer y mi hija, que me creían un hombre pacífico, pero usted…, ¡usted lo ha estropeado todo, *sheriff*, maldita sea! ¿Qué quiere hacer ahora? ¿Llevarnos detenidos a todos, ahora que sabe que fui un pistolero en otro tiempo?

El *sheriff* cerró la boca poco a poco, como si le costara un esfuerzo ímprobo salir de su asombro.

—De modo que usted…

—Sí, yo fui el maestro de Logan. Y me enorgullezco de haberlo sido, diablos. ¿Qué pasa ahora? ¿Se le va a volver negra por eso su estrella de latón?

—No lo entiendo… —farfulló el *sheriff* pasándose la mano por los cabellos encrespados de la nuca—. Usted me ha complicado demasiado las cosas, Donald. Si ahora envío a este hombre a Denver va a haber un lío de mil diablos. Tendré que enviarle a usted también y eso me costará las elecciones… Lo mejor es dar una explicación sensata acerca de la muerte de Mayne y dejar las cosas como están…

—Es usted un cobarde —dijo secamente Donald—, pero esta vez la cobardía sirve para algo bueno.

—¡No tan cobarde! —gritó el *sheriff*—. ¡Le voy a exigir algo! ¡Usted me responde de que Logan colgará los revólveres y vivirá en su rancho!

Donald se mordió los labios.

—Creo que la que puede responder a eso —dijo con una extraña y lejana sonrisa—, es mi hija Yira. ¿Sabe qué vamos a celebrar a la vez un bautizo y una boda? Y hasta pienso invitar a todos sus alguaciles, diablos.

—¿Un bautizo? ¿Qué tiene que ver su hija?

Logan habló entonces por primera vez, mientras se acercaba a

Yira.

—Los dos vamos a reconocer a un hijo —dijo mirándola—. Y quizá tengamos alguno más. Pero para eso hace falta que no me mueva del rancho…

Ayudó a ponerse en pie a la muchacha, que lloraba.

Pero sus lágrimas eran de felicidad.

Dentro, el niño se puso a llorar también. Y éste no de felicidad precisamente. Berreó tanto, que todos, incluido el *sheriff*, tuvieron que entrar en la cabaña para consolarle.

FIN